

TESTIMONIOS SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LAS MISIONES TARAHUMARES Y PIMAS EN 1690

Luis GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El cuatro de abril de 1690 escribía el general Marcos Fernández de Castañeda, alcalde mayor de Santa Rosa de Cusihuiríachi, al gobernador de Nueva Vizcaya en Parral, don Juan Isidro de Pardiñas, que se habían rebelado los tarahumares y los conchos y que habían dado muerte en Yepómera a su misionero, Diego Ortiz de Foronda, al teniente de Papigochi, Juan de Urías, y a otro español llamado Francisco Fontes. Y añadía que los gobernadores indígenas de los pueblos neutrales declaraban que eran nueve los religiosos que habían de morir a un mismo tiempo. Se supo, también, que simultáneamente se habían rebelado los pimas de Sonora.

Para el esclarecimiento de estos hechos voy a apoyarme principalmente en las Actas de guerra del legajo *Patronato* 236, del Archivo General de Indias en Sevilla. Consta de seis cuadernos. Para el primero cito entre paréntesis los folios a que me refiero; para los demás cuadernos preciso además de qué cuaderno se trata.

En este estudio iré entreverando los datos relativos a la quema y destrucción de más de veinte misiones por parte de tarahumares y pimas, las amenazas de muerte a los misioneros y los testimonios sobre las muertes que efectivamente llevaron a cabo contra dos de ellos: el padre Manuel Sánchez, hacia Sonora, entre Yécora y Maicoba, y la ya mencionada de Ortiz de Foronda en la Tarahumara.

El gobernador Pardiñas, en carta al virrey conde de Galve, de 27 de mayo de 1690, sintetiza bien el clamor étnico contra la imposición hispana: el enemigo sigue quemando iglesias y pueblos, "la voz es la misma allá que por todas partes: que no ha de quedar padre, ni español" (*cuaderno* 6, f. 7). Un mes antes, el 19 de abril, a raíz del ataque a Papigochi, un tarahumar de Ye-

pómera, de nombre Sebastián, describía nítidamente el ámbito de la rebelión:

El ánimo de los confederados era, por lo que toca a *tarahumares*. . . matar todos los españoles y pueblos que caen al mediodía; y al poniente hacer lo mismo los *tepehuanes*, y a la parte del norte la *nación concha* a un mismo tiempo, para quedarse *señores de la tierra*. Y que esta conjuración ha cinco años que duraba para ponerla en ejecución, como la pusieron (*Cuaderno 2*, f. 10r).

Las razones fundamentales para querer sacudirse el yugo español y misionero eran el no vivir congregados en pueblos, ni ir a trabajar para los españoles a las minas del Parral, de Coyachi, de Cusihiuríachi o de Uriqui, en la Tarahumara; ni a las de Tacupeto, Ostimuri, Nacatóbori, Los Frailes, San Miguel y otros reales de menor importancia en Sinaloa y Sonora. Tampoco querían que las autoridades españolas —alcaldes, tenientes, capitanes o simples soldados— directamente o mediante los gobernadores indígenas los obligaran “con sellos” a estos trabajos, o a ir a las haciendas ganaderas o de pan llevar de los españoles que se habían ido estableciendo en tierras de los indios. En toda la Baja Tarahumara, y en menor escala en la Alta, pululaban estos asentamientos: en los alrededores de Parral, por Santa Bárbara, en las márgenes del río Florida y del Conchos, en el valle de San Pablo, en San Jerónimo Huejotitlan, en San Felipe y Satebó. También en Cusihiuríachi, Papigochi, Basuchi, Sahuarichi, Las Cruces, llanos de Bavícora, San Miguel, San Buenaventura del Torreón, Namiquipa y en torno a Casas Grandes.

El obligarlos a vivir en pueblos iba contra sus tradiciones culturales e incluso contra las posibilidades alimenticias de una geografía de montañas y barrancas, con escasos valles de los que se iba apoderando el español. Los tarahumares, los conchos y en menor proporción los pimas, desde siempre habían vivido en ranchos dispersos, a mayor o menor distancia unos de otros según la configuración del terreno y las realidades productivas de la región. Además se les presionaba para que se hicieran cristianos y asistieran diariamente a aprender la doctrina y las oraciones en las iglesias y capillas de las misiones.

Había, pues, un triple sometimiento que contrariaba profundamente sus formas de vida, sus sistemas laborales y sus creencias y costumbres ancestrales. Pero para el misionero y para el

español los indios tenían que vivir en policía cristiana, concebida como la única posibilidad, al modo occidental, de vivir civilizadamente y no como salvajes y brutos animales en cuevas y barrancos o en jacales desperdigados. Ellos tenían que ser vasallos de Dios, de la Iglesia y del rey, cumpliendo con lo ya establecido en las *Leyes de Indias* y suplementado por otras reales cédulas.

Quien no se sometía a esta política indiana, cuyo único objetivo era el bien espiritual y material de los indios, era castigado con azotes, con grillos, en el cepo, tuzándolo y, según la gravedad del delito, juzgado con cánones españoles o cristianos, obligándolo a trabajar meses o años en el mortero. También se menciona el caso del destierro.

El ser buen vasallo y buen cristiano conllevaba, obligatoriamente, no permitirle seguir viviendo con los vicios de estas gentes: no tener varias mujeres, no emborracharse, no consultar a los hechiceros, no rebelarse contra el misionero o contra el amo español. Dado el maridaje que de hecho prevaleció entre el poder temporal y el espiritual, expresado así en términos de "casamiento" por los mismos indígenas, todo intento de rebelión se castigó como traición, como designio diabólico y como apostasía. Por eso fue tan cruelmente reprimido.

A grandes brochazos éste fue el trasfondo de la guerra a muerte que estalló en el noroeste en 1690, que había tenido antecedentes desde mediados de siglo, y que retumbaría con ecos vigorosos en 1697 y ya empezado el siglo XVIII. El lema de todas estas sublevaciones siempre fue acabar con los españoles y con los misioneros, con los reales de minas y con las haciendas. El paradigma de la guerra de 1690 es sólo una ejemplificación de los movimientos indígenas que convulsionaron el noroeste colonial. Lo examino aquí con mayor detalle. Por lo que representó el misionero en el proceso de conquista, colonización y expansión de las fronteras septentrionales, la muerte de algunos de ellos a manos de los indios tuvo mucho mayor repercusión que la muerte de cualquier otro vasallo o caudillo español. Por eso son tan ricos en información los documentos históricos que a este respecto se conservan. En esa rebelión de 1690 hubo dos muertes de misioneros y los testimonios que he reunido aquí iluminarán todo el ámbito de esta sublevación,

I. *La muerte de Diego Ortiz de Foronda*

Nació en la dehesa de Acebuchal, junto a Zafra, en la provincia extremeña de Badajoz en 1655. A los veinte años de edad, habiendo terminado sus estudios de filosofía, entró en la Compañía de Jesús en España y comenzado el noviciado se embarcó en Cádiz a fines de junio de 1675 rumbo a México. Vino con la expedición de 17 sujetos que trajo el procurador Manuel de Villabona. Curiosamente, entre sus compañeros de navegación venía también Manuel Sánchez, quien igualmente sería muerto en la rebelión de 1690, como veremos más adelante. Otros compañeros de viaje que entonces navegaron juntos, y que con el tiempo llegaron a ser notables en las misiones del noroeste, fueron: Ferdinando Pécoro y Nicola di Prato entre los chínipas, Natale Lombardo entre los eudebes de Aribechi, en Sonora; Girolamo Pistoya en Sonora y Sinaloa, y Gian María Salvatierra en Chínipas y en la Antigua California.

A los 20 años de edad se describe a Ortiz de Foronda como "pequeño de cuerpo, blanco, abultado de rostro" (AGI, *Contratación* 5442, doc. 9). Llegado a México, y tras un necesario descanso, fue destinado como profesor al colegio de Veracruz durante dos años. Inmediatamente después pasó a estudiar teología y, ya ordenado sacerdote, tras un breve periodo en el colegio de San Luis Potosí, para diciembre de 1681 se le localiza en la Tarahumara. El 2 de febrero de 1687 pronuncia sus últimos votos religiosos en Parral, en donde se ocupa como administrador de la hacienda de dicho colegio, hasta mediados de 1689. Fue mal administrador, pues la dejó endeudada (AGN, *Hacienda*, 285-37). Obtiene entonces licencia para regresar a la Tarahumara, al puesto de Yepómera, donde al cabo de unos meses es muerto por los tarahumares de Nahuérachi en la noche del 28 al 29 de marzo de 1690.

Estos son los testimonios acerca de la quema de su misión de Yepómera y de su muerte, junto con la de los dos españoles mencionados. Las primeras noticias inquietantes las da el capitán del presidio de Janos, Juan Fernández de la Fuente. El 28 de febrero de 1690 responde a los requerimientos de los vecinos de los reales de minas de Bacanuchi y de Nacozari que no puede auxiliarlos porque sólo dispone de 34 soldados para convoyar la conducta de la plata y para acudir a Casas Grandes, a donde le ha llamado su alcalde mayor, el general Francisco Ramírez de

Salazar. En efecto, por esas partes se enfrentaba una conjuración de conchos, tarahumares, tepehuanes y otros grupos rebeldes; y, además

al mismo tiempo me hallo con una carta del padre rector Francisco de Velasco (de Matachi, en Tarahumara), quien vino a mi presidio a pedir socorro, y desde él me escribió. . . que los naturales cristianos de la nación tarahumara han mostrado muy poco respeto a los padres de dichos partidos y le han amenazado por muchas veces que los han de matar y se han de ir a las sierras. Y que asimesmo lo hubieran ejecutado en un padre que hirieron y apedrearón, si no hubiera huido. Y que así se espera dicha gran moción entre dichos naturales, si no le socorro con algún número de soldados para su custodia y defensa. . . (f. 7v-13v).

Ese mismo mes de febrero el día 22 escribía Ortiz de Foronda desde su misión de Yepómera a su rector Francisco de Velasco:

Mi padre rector: saludo a vuestra reverencia (v.r.) *ex corde*, deseándole muy cumplida salud. Quedo con ella para servir a v.r., a quien hubiera ido a ver, a no haber sucedido la avería que represento en ésta.

Luego que salí para Nahuérachi dieron los indios en la caballada, así de casa como de los del pueblo. Éstos tan viles que, teniendo alguna luz y aun evidencia, pues vieron un caballo que habían muerto, comido y abastecido del viaje, no se movieron o porque eran muchos, o porque son valientes como ellos dicen, y no es sino por ser viles. Los nuestros hijos al fin se llevaron de casa y de los indios un buen atajo, y más hubieran llevado si, por broncas, otras no se les hubieran huido.

Luego que yo vine de Nahuérachi, sin malicia alguna quise ver si dos bestias que se habían juntado nuevamente se habían apartado. Conocimos la falta, corrió la voz y salió que los guaguúsaris (las) mataron, comieron y llevaron. *Irruit spiritus* (= me enfurecí), póngome a caballo, hago salir a nuestros flojos a la oración, y otros cogen el rastro de las bestias que iban matando para comer; y en mulas y caballos se comieron doce en tres días. Llegaron a las rancherías, a donde dice el impertinente hay cinco días de camino, aunque ellos vinieron en tres.

Allí hallaron cantidad de carne y osamenta, y sólo dos yeguas vivas de la misión, ya paridas, que trujeron. Y a uso de los españoles trujeron su presa: cuatro indios, cuatro indias y un muchacho, que tengo aquí; entre ellos a un viejo a quien culpan haberles mandado y enviado por el hurto, y que llevasen mulas,

que eran buenas para comer. V.r. como superior me ordene qué haré de estos indios, que no será razón que la misión pierda, supuesto que se han cogido, y queden en un mortero [a] darnos por las bestias que se comieron. Que a mi alazán atribuyo el haber quedado bestia en casa. De casa se comieron dieciséis, entre ellas dos mulas, la una mansa y la otra cerrera; de los indios seis hasta agora, que otros andan juntando y no sabemos lo que dirán. Ya no hay seguridad de bestias con esta gente que vive entre jobas y janos, mezcla de janos, y conchos y chinarras.

Ésta ha sido la causa de no haber yo ido por allá, que lo he deseado. Nuestro señor me guarde a v.r.

Yepómera, y febrero 22 de [16] 90 años.

Siervo de v.r.

(f. 7rv)

Diego Ortiz de Foronda

El haber mandado apresar a estos indios por el robo de los animales y, averiguada su culpa, el haberlos entregado a la justicia de Cusiuhiríachi, fue la última gota que colmó los ánimos de los rebeldes para incendiar la misión y perpetrar las muertes un mes después.

Don Jerónimo, gobernador de Papigochi, declaró el 16 de mayo lo que tenía averiguado al respecto:

que el padre Diego Ortiz de Foronda tenía algunas cabalgaduras y que se las hurtaban los conchos de Queparipa, que ordinariamente se sutentan destos robos. Y que el hijo del gobernador de Yepómera siguió a dichos conchos por el rastro de las bestias. . . robadas al padre y alcanzó a los conchos cuando tenían muertas para comer las bestias, y trujo a Yepómera presos algunos y los pasó a que la justicia de Cusiuhiríachi los castigase.

De camino se huyó un concho viejo diciendo que matarían a los tarahumares que habían preso a los conchos. "Y que de aquí, y de estar emparentados los de Nahuérachi con los conchos, tuvieron por mejor matar al padre para darles satisfacción, juzgando que el padre había intervenido en la prisión de los conchos. . ." (f. 86v).

Por su parte el gobernador de Yepómera, don Antonio, manifestó que su pueblo siempre había sido fiel y que dio aviso al misionero que los conchos de la sierra querían asolar Nácori, Las Cruces y Yepómera. Esto mismo informó a Alonso Muñoz de Zepeda, enviado por el alcalde mayor de Casas Grandes, a averiguar el robo de las bestias (f. 347v-348r).

I.1. *La víspera del ataque*

Un indio dijo al padre que venía mucha gente armada a Yepómera y le aconsejó irse a resguardar a Matachi, pero el padre no quiso ausentarse sino que juntó a la gente para defenderse, enviando al mismo tiempo mensajes a Matachi acerca de la situación. De allá llegó a la madrugada, probablemente del 28 de marzo, el padre rector Francisco de Velasco con tres españoles y algunos indios, pero no encontrando rastros del enemigo se regresaron. El ya mencionado gobernador de Yepómera y su hijo Juan le pusieron al padre una escolta de ocho a doce hombres para defenderlo y velar como centinelas durante la noche (f. 254v).

Don Juan, gobernador de Matachi, declaró el 19 de octubre en Santo Tomás, ante el gobernador Pardiñas, que la víspera del ataque fue él con doce indios y el padre Francisco de Velasco, su misionero, a prevenir al padre y, en llegando, salieron Juan de Urías y otro español a reconocer Yepómera. Y no viendo señales de que estuviera allí el padre, riñó al gobernador diciéndole que inquietaban con mentiras. El teniente Urías ordenó a don Juan volverse a Matachi, a donde también regresaron poco después "el dicho padre Velasco con el padre Jorge (Hostinsky) y un español llamado José Lobo". Urías y otro español, Francisco Fontes, se quedaron para proteger al misionero (f. 406rv). Al amanecer llegó el enemigo.

I.2. *Los motivos alegados*

Cuando llegaron los rebeldes tarahumaras de Nahuérachi y de Sírupa con los conchos de Queparipa y Chihuichupa, emparentados entre sí por casamientos, les gritó don Antonio, gobernador de Yepómera: "¿qué os ha hecho el padre para que lo matéis?, no hagáis tal". A lo que respondieron que a él también lo matarían si defendía al padre, "¿que si acaso era su pariente?" (f. 254v). Y dando voces gritaban "¿dónde está el padre y los españoles, que los venimos a matar?" (*ibid.*). "Ea, padre, ahora ya somos muchos. Venga el capitán valiente a quitarnos las cabezas, como nos ha dicho", y otras cosas así (f. 400r).

Particularizando los motivos de la ira mortífera de los agresores, éstas son las explicaciones que aparecen en los testimonios declarados de los mismos indígenas:

1. *Castigos y humillaciones.* "Lo más cierto y que corre entre todos los de aquel partido es que el indio Bernardo, capitán de Yepómera. . . conmovió todo porque el padre le hizo dar en público, siendo capitán, muchos azotes, siendo ya viejo, y se los dieron atado a un palo; y también a un hijo suyo. Y desde aquel día se fue el dicho Bernardo a Nahuérachi, y estuvo un mes, y al fin de él vino a matar al padre. Que como el dicho Bernardo es hermano de Malagara, tiene mucha mano con los de Nahuérachi". El gobernador de Yepómera, don Antonio, de quien es el testimonio anterior, precisa que se mandó azotar a Bernardo porque un día de fiesta, que nevaba, dejó de ir a misa. Por otro lado, "un hijo de Bernardo, que había quedado en el pueblo, tuvo algunas desvergüenzas y grandes con el padre, por cuya causa le dio unos azotes y le tusó el cabello. Y que esto ha mucho tiempo; que no sabe si les causó odio" (f. 349r).
2. *Insistencia en congregarlos.* "Que siempre andaban a porfía el padre y los de Nahuérachi sobre si habían de venir o no a Yepómera. . . Y porque no quería venir desde tan lejos a misa, que el padre los amenazaba que había de traer muchos españoles que los matasen". Esto declaró Agustín de Nahuérachi (f. 401v).
3. *Los trabajos en la misión.* "Le tenían mala voluntad al padre porque les llamaba para que hicieran adobes para hacer la iglesia de Yepómera, y que viniesen a la doctrina. Y que de esto huían, así por ser flojos, como por no querer doctrina". Es declaración de Juan, hijo del gobernador de Yepómera (f. 255v). Averiguando más los motivos del alzamiento, este gobernador declaró que lo último que supo fue que el padre envió a unos conchos de Chihuichupa a un trabajo y les prometió en pago una res. Hecho aquello no recibieron la res "o porque el padre no estaba allí, y no dejó orden para ello, o porque ellos no quisieron aguardar" (f. 349r). Y Rafael de Nahuérachi precisó que ese trabajo consistió en hacer adobes "y un tanque grande para represar el agua para regar trigos" (f. 402v). Por eso le robaron las bestias. Y el haber sido presos los ladrones lo interpretaron así: "que ya los padres no los defendían, antes los entregaban a la justicia" (f. 401). Y los conchos dijeron que el padre los enviaba a ahorcar, como lo vieron unos espías, y que por consiguiente ellos po-

dían matar también a los españoles y a los padres (f. 255, 261r).

4. *La poliginia*. Pablo el Júmari, gobernador pima, declaró ante el capitán del presidio de Sinaloa, Diego Quirós, “que el gobernador de Yepómera se hallaba disgustado porque el padre, como su ministro, le reprochaba que tuviera tres mujeres, y que lo había amenazado tres veces con que llamaría al capitán y los soldados, al tiempo que llegó el teniente de Papigochi con dos españoles” (f. 261).

1.3. *El asalto a Yepómera*

Fue “a los primeros gallos” cuando llegaron los de Nahuérachi y los conchos, “como al cuarto del alba”, “en grandísimo número”. Entre los que vinieron a matar al padre diversos declarantes reconocieron a los cabecillas siguientes: Nicolás el tuerto, hijo de Chigóinari; Bernardo, capitán de Yepómera; un hermano suyo de nombre don Jerónimo Guona, al que llaman Malagara; José, capitán de Nahuérachi; Alonso, de nación concha, “carpicado de vigüelas”; Sopequeme, que quiere decir “frezada de morciégalo”, Corachi. Otros muchos no se pudieron identificar “porque estaban tan embijados de negro y otros colores, que no se distinguían” (f. 192r, 254v, 348v-349r, 393-404v).

Con anterioridad y premeditación Nicolás el tuerto había ido a Cahuisorichi, tlatoleó a los de Nahuérachi “y les trujo mucho chile para que diesen humazo al padre, para que no se encerrase y lo pudiesen matar” (f. 187v):

Luego pegaron fuego a la puerta de la casa del padre, el cual salió de la casa, le hirieron de muerte con flechas, y junto a la cruz que estaba junto a la iglesia, como diez pasos de la puerta del aposento del padre, le dieron con una macana en la cabeza de que cayó muerto. Las mujeres lloraban, sin poderlo defender (f. 255r).

Esto declaró Juan, de Yepómera. Y Domingo, indio principal de Matachi, dijo que el padre no creyó que lo fueran a matar:

Yo estaba escondido y reconocí que los rebeldes eran tarahumares de Nahuérachi, en gran número, capitaneados por José. Y ví que por las azoteas pegaron fuego, y los dos españoles salieron y tiraron cuatro tiros con los arcabuces, y del primero mataron al capitán

de los enemigos, y que después echaron mano a las espadas hasta que a flechazos murieron. Y que el fuego hizo salir al padre, y luego le tiraron muchas flechas y le dieron de puñaladas, y en la cabeza con macanas (f. 399r).

Domingo se enteró después que los agresores de Nahuérachi, Sírupa, Aboréachi, Basachéachi y Galá Guasachiqui prosiguieron quemando las demás iglesias, y él pasó a dar noticia a los padres de lo que había sucedido.

1.4. *Difusión de la triste noticia*

Como centella por el cañaveral corrió inmediatamente la nueva del incendio de Yepómera y de las muertes que ahí ocurrieron. El primero en conocerla fue el padre Francisco de Velasco, rector de esa unidad misional, quien residía en Matachi. Al punto la comunicó al general Marcos Fernández de Castañeda, alcalde mayor de Cusihuiríachi, quien la transmitió al padre Francisco de Zelada, en San Borja, encargándole la hiciera llegar al gobernador Pardiñas en Parral, lo mismo que al padre Tomás de Guadalajara, rector del colegio en ese mineral. En tres días los correos tarahumares, como venados sin cuerpo —en frase del general Fernández de Retana—, fueron los que cubrieron todas estas distancias, sembrando la tristeza y una terrible inquietud. Estos son los testimonios:

1. *Carta del general Marcos Fernández de Castañeda al gobernador Pardiñas*. Santa Rosa de Cusihuiríachi, 30 de marzo de 1690 (f. 4-5r).

Señor: acabo de recibir aviso del padre rector Francisco de Velasco, bien sucinto y confuso, denotando la turbación que le asistía al escribir, pero declara cómo le acaban de dar la nueva de haber muerto los indios tarahumares del pueblo de Nahuérachi, visita de la misión de Yepómera y el último confín de ésta mi jurisdicción por la parte del norte, a su misionero, que lo era el padre Diego Ortiz de Foronda, sin declarar más circunstancias, siendo muy inmediato a Matachi el dicho pueblo de Yepómera. También me da aviso que en dicha fuga o conjuración quitaron la vida a mi teniente de Papigochi, que lo era Juan de Urías, vecino de este real, y a otro vecino de la villa, llamado Francisco Fontes.

En este caso no declaro más a v.s. por no tener más claridad de dicho padre Francisco de Velasco. En lo que toca a este real la prevención para la defensa de él está puesta en armas y las personas que en él asisten, pero habrá de ser a pie porque bestia en que se pueda salir, ni en todos estos alrededores se halla capaz de andar algún trecho; defecto general, señor, de todos los años.

V.s. vea en qué dispone; que si ordenare va (ya) mos a dicho pueblo, se hará aunque sea con el trabajo que se deja conocer faltando lo esencial que es la caballada. . .

Luego añade que, dada la gravedad del caso, reunió junta de vecinos experimentados y "de celo santo del servicio de ambas majestades": el capitán Bernardo Gómez de Montenegro, el sargento mayor Antonio Fernández de Castañeda, el alcalde provisor de la santa hermandad, don Francisco Cano y el capitán protector Diego de Molina, quienes convinieron en que "al punto y sin dilación laguna se despachen veinte hombres armados con toda prevención, y por cabo y caudillo a mi hermano, lo cual se ejecuta así. . . saliendo el día sábado, que se contará primero de abril, y con lo que sucediere daré aviso a v.s."

2. *Carta del general Marcos Fernández de Castañeda al padre visitador Francisco de Zelada.* Santa Rosa de Cusihuiríachi, 30 de marzo de 1690 (f. 5).

Muy querido y reverendo padre mío: acabo en este instante de recibir papel por un mozo que salió anoche de Papigochi. Su firma dice: Francisco de Velasco y su contexto es:

"Señor general: remito ésta dando aviso me acabo de llegar ahora el que han muerto al padre Diego Ortiz de Foronda los indios tarahumares de Nahuérachi, y más a Urías el teniente de aquel partido, y a otro llamado Francisco Fontes'.

Vuestra paternidad por quien es me haga favor de pasar esta noticia, que va en la adjunta, al señor gobernador con indio de confianza hasta Santa Cruz. Y al padre (Antonio de Herrera) encárguele que la haga correr, de modo que llegue lo más breve que se pueda, antes que su señoría salga para Guadiana, porque tengo noticia que sale a dos de abril.

Doy a v.p. este embarazo por no haber en el real bestia de que valerse para que pueda ir un español. La adjunta para

el padre Pícolo me hara v.p. favor de remitírmela luego, que es de mi hermano.

Nuestro señor me guarde a v.p. muchos años. Mi padre visitador Francisco de Zelada beso los pies de v.p. Pase al Parral a manos del padre rector [Tomás de] Guadalajara.

3. *Carta del padre Francisco de Zelada al gobernador Pardiña*. San Francisco de Borja, 30 de marzo de 1690 (f. 3v-4r).

Acabo de recibir este pliego que remito a v.s. con la noticia de que los indios tarahumaras de Nahuérachi mataron al padre Diego Ortiz de Foronda, su ministro, y a dos españoles: el uno llamado Urías, teniente de aquel partido, y el otro Francisco Fontes.

Con esta noticia no dudo que v.s. pondrá presentáneo remedio para que no cunda adelante el fuego, se aseguren los ministros que tiene la Compañía en estas misiones y se mantenga la paz, que tanto importa a su majestad refrenando la rebeldía de los malhechores para ejemplo de los demás. Que es cuanto se ofrece que noticiar a v.s., a quien guarde Nuestro Señor por muchos años y seguridad de esta tierra.

Beso la mano de su señoría su menor servidor y capellán.

4. *Carta del padre Francisco de Velasco al gobernador Pardiñas*. Santa Rosa de Cusihuiríachi, 3 de abril de 1690 (f. 29v-30v).

El miércoles al amanecer, veintinueve de marzo de este año dieron muerte violentamente los apóstatas tarahumaras del pueblo de Nahuérachi, Sírupa, Ocóre, Agoripa y otras rancherías del río abajo de Matachi hasta Jeósari, que son mezcla de tarahumaras, tepehuanes, pimas, jobas y otras naciones, con algunos conchos alzados, al padre Diego Ortiz de Foronda en su pueblo de Yepómera, donde era misionero, y a dos españoles de Papigochi, llamados Juan de Urías, teniente de aquella jurisdicción, y Francisco Fontes, que estaban por escolteros de dicho padre Foronda, esperando a otros españoles de dicha villa que estaban llamados para dar socorro con algunos indios de Papigochi y Santo Tomás.

Y aunque los españoles de la villa llamados al socorro fueron prompts, llegaron ya tarde, de suerte que tres leguas antes de Yepómera tuvieron la nueva de las muertes del padre y dos españoles, con que se volvieron a Matachi, pueblo de mi administración, donde estaban dos padres [Florencio de Alderete, de Cocomórachi, y Jorge Hostinsky, de Ariséachi] que habían venido a tener la semana santa en mi compañía.

De toda la conjuración eran sabedores todos los pueblos de por acá dentro y, según he podido averiguar, había dispuesto el que los apóstatas homicidas de Nahuérachi, con todos sus aliados irían entrando a matar a los padres misioneros desde Yepómera hasta Sisoguichi, y que los demás tarahumares les darían paso franco, fingiendo miedo e ignorancia. Y esto sucedió en esta forma en el pueblo de Yepómera, pues siendo aviados la tarde antes en mi presencia para escoltar y velar aquella noche, solos cuatro o cinco asistieron; y luego que asomaron los enemigos de Nahuérachi se huyeron y desampararon al padre, españoles e iglesia, que después quemaron los enemigos.

Por esta causa el señor general don Marcos Fernández de Castañeda, alcalde mayor de Santa Rosa, luego que le di noticia brevemente de lo sucedido, hizo junta y despachó gente para Yepómera.

Los padres, mis compañeros, están en la villa de Papigochi, *interim* se componen las cosas, y yo pasé a este real a ver al señor general don Marcos que, con la relación que yo le di de lo sucedido, añadió diez hombres más para la entrada a Yepómera, que llenaron el número de treinta.

Aviso a v.s. para que sepa fijamente las cosas de por acá. A que añado que la retirada que tienen los enemigos es tierra muy áspera y doblada y larga, que necesita de mucha gente para explorarla y algún socorro de v.s. para su avío. La razón de consuelo, que he sabido de un indio de Papigochi, es que los naturales de aquel pueblo están haciendo armas y bastimentos para acompañar a los españoles. Y juzgo que los de mi jurisdicción harán lo mismo, aunque de éstos sé claramente que no tienen maíz, ni en mi casa lo hay. Y los compañeros están también sin el género para poder socorrer a la gente que saliere a esta santa guerra.

También he oído en este real que los pueblos de pimas de más acá de Ostimuri se han alborotado, con que nos tienen cercados para no poder tener socorro de aquella jurisdicción. V.s., como tan vigilante y celoso del servicio de ambas majestades, espero acudirá con remedio oportuno a la necesidad.

Dios guarde a v.s. muchos años, como se lo suplico y deseo.
Servidor de v.s. que su mano besa.

5. *Carta del general Marcos Fernández de Castañeda al gobernador Pardiñas*. Santa Rosa, 4 de abril de 1690 (f. 32v-34v).

Señor: noticia a v.s. del estado presente en que nos ha puesto la sublevación de tantos enemigos como, declarados unos y

neutrales otros, han ejecutado y amenazan a nuestra nación, metida en el centro de tan numerosa como es la tarahumara, en quien teníamos concebida la mayor seguridad.

Por mi relación, aunque con explicación tosca, comprenderá del poderoso remedio que necesita, según las fuerzas de la Vizcaya. Es el caso, señor, que como tengo dado aviso a v.s. por dirección de los padres, pareciéndome más breve y cierta, que el día veintiocho había muerto la nación tarahumara del pueblo de Nahuérachi, Yepómera, Ocotán y Aboréachi, unidos con los demás rebeldes de la nación concha, chinarras y otros, al misionero que lo era el padre Diego Ortiz de Foronda, junto con mi teniente de aquel partido, Juan de Urías, y otro español Francisco Fontes. . .

Han declarado los gobernadores de los pueblos neutrales eran nueve los religiosos que habían de morir a un mismo tiempo. Por haberlos Dios, por su disposición altísima, como suya quitado de sus insaciables garras al padre Florencio de Alderete, misionero de Cocomórachi, y al padre Jorge Hostink, del pueblo de Ariséachi, que era de los señalados. Los cuales, para celebrar la pascua, habían concurrido al rectorado con el padre Francisco de Velasco, a quien le avisó un indio, que para hoy en mi casa, cuando actualmente estaban dando en la casa de Yepómera los enemigos, la cual noticia le hizo salir con los dos compañeros. Y habiendo llegado a Papigochi recogió consigo al misionero de dicho pueblo [Doméxico Créscoli], no fiándose de ningún pueblo, como quien sabía sus *tlatoles* y los corazones dobles que con ellos el demonio les tenía puesto.

Retiráronse los cuatro varones a la villa de Aguilar, situada dos leguas más acá, fuera de Papigochi, donde dejó a sus tres compañeros, y dicho padre rector vino a dar a este real a mi casa, como a la media noche del día miércoles fatal de las desgracias sucedidas; donde, habiéndome hecho capaz del caso, junté a los vecinos con quienes dispuse el socorro que por entonces pudo este real participar a aquellos afligidos misioneros y siete españoles, vecinos de la dicha villa, que fue el día sábado primero de abril.

Salieron treinta hombres, lo mejor que se pudo armados y pertrechados de una caja de pólvora, quinientas balas, y por cabo de los veintinueve a mi hermano don Antonio, que por aclamación de los más fue electo, quien el día dos llegó con toda su gente a la casa de un José Lobo, que está como tres leguas de Papigochi, poco más o menos. . . , donde hizo alto con su escuadra. . .

De allí hizo llamar al gobernador tarahumar de Papigochi, don Jerónimo, quien le prometió docientos tarahumares. Por parecerle sospechosa la actitud de don Jerónimo, se tomaron precauciones para la defensa del real de Cusihiuirfachi y que cinco vecinos de la misión franciscana de Bachniva se protegiesen con la escuadra en casa de Lobo, lo mismo que los cinco padres de la villa.

6. *Carta del padre Francisco de Zelada al padre Tomás de Guadalaxara*, rector del colegio de Parral. San Borja, 5 de abril de 1690 (f. 30v-31r).

Mi padre rector Tomás de Guadalaxara. *Pax Christi*.

Soy breve por llevar mucha priesa el correo. En medio de tan lastimosa tragedia de la muerte del padre Diego Ortiz y dos españoles, nos consuena el motivo porque los tarahumares de Nahuérachi mataron a dicho padre, pues cercándole la casa los dichos de Nahuérachi, Sírupa y Ocóre y otras rancherías, con otros conchos y cinco de Yepómera, mofando del padre le decían: 'ahora has de morir a nuestras manos y ya no nos refirás porque bebemos vino y tenemos muchas mujeres; de aquí adelante tendremos cuantas quisiéremos y beberemos a nuestro gusto'. Y luego empezaron a destechar la casita del padre y a echar zacate con chile. Y oprimidos el padre y los dos españoles con el humazo salieron afuera, y junto a la iglesia atravesaron al padre con un chuso el corazón y con una macana le quebraron la cabeza y cortaron los cabellos. Desnudaron los tres cadáveres, que hasta ahora no se ha sabido se enterraran.

Y porque treinta hombres que salieron de Santa Rosa están detenidos en Papigochi, ruego a vuestra paternidad influya cuanto cabe para que no se pierda.

Dios me guarde a v.p. como deseo. Súbdito y muy siervo de v.p.

7. *Carta del padre Francisco de Zelada al gobernador Pardiñas*. San Borja, 5 de abril de 1690 (f. 31).

Con la ocasión de enviar al general don Marcos un correo a v.s. pidiendo o socorro o dirección para obrar en la sublevación de los tarahumares de Nahuérachi, en orden a que el fuego no cunda a las demás misiones, pido con toda humildad a v.s. se sirva mirar esta causa tan importante a las almas de

estos pobres hijos tarahumares, útil al bien público y a la conservación de punto tan principal de este reino.

Y porque el general don Marcos dará a v.s. razón del estado en que se halla todo, no me dilato sino en rogar a v.s. nos mire como a sus capellanes que pedimos a Dios me guarde a v.s. con toda salud por muchos años.

Besa las manos de v.s. su menor servidor y capellán.

A esta serie de testimonios sobre la muerte del padre Ortiz de Foronda y sus dos compañeros españoles, que integran un conjunto de interpretaciones de estos hechos, añadido el testimonio del entierro que se llevó a cabo hasta el 16 de junio de 1690, dos meses y medio después de su cruenta muerte, con ocasión de la llegada a Yepómera del campo militar.

1.5. *El entierro*

Cinco días antes, el 11 de junio, se había pasado "muestra general" de los efectivos militares en Papigochi "por compañías y según sus listas". De la compañía de campaña del capitán Antonio de Medina 25 soldados bien armados; de la compañía del capitán Martín Hualde, del presidio de Cerro Gordo, 33 soldados, todos bien armados; del capitán Fernández de Retana, del presidio de San Francisco de Conchos, 30 soldados bien armados; del capitán Fernández de la Fuente, del presidio de Janos, 25 soldados bien armados; españoles aventureros 45 hombres bien armados, "que hacen el número de 158 soldados, bien armados y proveídos". Indios auxiliares "de las naciones tobosos, conchos, tepehuanes, sumas y algunos tarahumares: 180 bien amunicionados de flechería y con sus gobernadores y capitanes, como todo parece de listas particulares de cada compañía" (f. 166).

De Papigochi pasaron a Santo Tomás, y de allí a Yepómera. El día 15 de junio caminó el campo hasta cuatro leguas antes de Yepómera y el día 16 llegaron a dicha misión, y esto encontraron:

Se halló todo quemado, particularmente la habitación del padre, y la iglesia no sólo quemada sino deshecha y arruinada hasta la inmediación de los cimientos; deshecha a mano, arrojadas las imágenes de Cristo Señor nuestro por el campo, hechas pedazos y desfiguradas a golpes al parecer de piedras; las aras consagradas

esparcidas por el campo; las cruces de madera, fijas en dicha misión, quemadas.

Y como en frente de la iglesia se halló parte de un esqueleto u osamenta que, según declaró Domingo, indio que salió en dicha ocasión a buscar socorro, dijo ser los huesos del padre Diego Ortiz de Foronda, porque dijo que al salir de su aposento luego le mataron a puñaladas; y que los dos españoles se resistieron hasta junto al corral, donde se hallaron los huesos, salvo las calaveras, habiendo según pareció quebrado la del padre, por estar en diversos pedazos dividida.

Y luego, con la solemnidad que tal puesto permitió se enterraron, con asistencia de los reverendos padres Francisco María Pícolo, visitador de estas misiones, y Tomás de Guadalajara, rector del colegio del Parral.

Y su señoría mandó ponerlo por diligencia, y lo firmó. (f. 168rv).

Para concluir esta parte añadido lo que declaró Luis de Matachi el 3 de agosto: que los rebeldes "se llevaron, cuando mataron al padre en Yepómera, la cabeza y el corazón de uno de los dos españoles, que estaban en dicho puesto escoltando al padre, y decían que lo llevaban por trofeo, por haberles muerto aquel soldado un indio de los principales del alzamiento" (f. 226v).

II. *Documentos sobre la muerte del padre Manuel Sánchez*

II.1 *Las primeras nuevas*

Comparados con los testimonios aducidos sobre Ortiz de Foronda, los relativos a Manuel Sánchez, que he podido reunir, son menos detallados. La primera noticia, en la Tarahumara, la da el sargento mayor Antonio Fernández de Castañeda a su hermano Marcos, el 17 de abril de 1690: en Papigochi supimos que los de Tomochi se habían rebelado "y ansimesmo que habían llegado hasta Tutuaca y Yépachi, y quemaron el templo". Le informa, también, que los conchos se han levantado y quieren acabar con los españoles desde Las Cruces y Bachiniba hasta Cusihuirfachi y Papigochi. Y en postdata añade: "El padre de Tutuaca (Manuel Sánchez) estaba en Sonora y esa fue la causa de no matarlo" (f. 59v-60v).

Tres días después, el 20 de abril, desde la misión de Ceroçahui escribe el padre visitador Juan María de Salvatierra al gobernador Pardiñas, no muy seguro aún de la noticia: él acaba

de ser nombrado visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora, y se ha enterado del "fuego e incendios del enemigo que dio en el real de San Nicolás de Sonora y llegó hasta Nuri. También avisan, aunque no con toda fijeza, que mataron al padre Manuel Sánchez y a un español llamado Clavero" (f. 74).

Ese mismo día el capitán Bernardo Capelo, alcalde mayor de Ostimuri, escribe desde Sahuaripa a Pardiñas que, encontrándose en Bacanora "en el ministerio de la minería", el general Blas del Castillo lo habían nombrado alcalde en sustitución de Juan Francisco de Goyeneche, con cuya actuación no estaban de acuerdo los misioneros, ni los vecinos españoles; tampoco los indios. Pero estoy muy mortificado, continúa Capelo,

pues el día que se hizo el ajuste y compromiso del capitán Goyeneche tuve razón de que Ostimuri lo habían quemado y muerto al padre Manuel Sánchez, de la Compañía de Jesús, y al teniente de San Nicolás [Manuel Clavero] los indios pimas que se han alzado y apostatado, y a un arriero con otras dos personas en el camino de Tutuaca; que los indios de Maicoba y Yécora, que es una misión, quisieron matar a su ministro [Maximiliano Amarell], y algunos que lo querían bien le dijeron que saliese luego, porque si no lo habían de matar. Y dicho padre se salió luego y vino a este valle a amanecer... Y después, según noticias, quemaron la casa y templo de Yécora y se alzaron, lo mismo que los de Tapipa, Taraíchi y Teópari (f. 79v-80r).

El mismo general del Castillo escribe a Pardiñas desde el real de minas de Nacatóbori el 22 de abril: el día ocho de este mes me avisó en Ostimuri el teniente de alcalde "cómo los tarahumares se habían alzado y que venían a asolar a Ostimuri y Tacupeto". Y los gobernadores pimas me dijeron que los tarahumares venían contra ellos y me pedían socorro, lo que les prometí. Traté entonces de reunir los vecinos muy dispersos

y estando en esto tuve noticia que los tarahumares habían muerto al reverendo padre Manuel Sánchez, de la Compañía de Jesús, y a Manuel Clavero, teniente de alcalde mayor del real de San Nicolás, y a un arriero y a un mozo que iban con plomo a Cusihiuríachi. Y también huyendo de la misión de Yécora el reverendo padre Maximiliano Amareli, de la Compañía de Jesús, porque los indios estaban para matarlo, y unos pajes suyos le escaparon y lo trajeron al pueblo de Onapa. Y de allí a dos días salió huyendo el reverendo padre Francisco de Gracia, de la Compañía

de Jesús, porque los indios también le quisieron matar. (f. 82).

Al otro día encontróse Taraíchi asolado y quemado: la casa del padre, iglesia, ornamentos, imágenes. Igualmente fue asolado y quemado Ostimuri, Yécora, Onapa, y más de dos mil indios iban a atacar Tacupeto. Si en Sonora ya se sabía de cierto la noticia de las muertes, en la Tarahumara aún no. El 22 de abril el general Fernández de Retana, nombrado comandante de todos los militares en la Sierra, escribía desde Papigochi al gobernador Pardiñas: "El cuerpo (de enemigos) parece es grande, pues declaró el indio prisionero ser cómplice toda la nación tepehuana que confina con Ostimuri y Sonora, donde dice han ejecutado muertes de españoles y religiosos", que parece será el ministro de Tutuaca (f. 68).

En cambio el padre Salvatiera, ya seguro de lo acaecido, informa el 24 de abril al gobernador Pardiñas desde su misión de Cerocahui:

En Maicoba mataron al padre Manuel Sánchez en compañía del teniente de San Nicolás, que volvía dicho padre de allá para su partido [de Tutuaca]. Quemaron a Ostimuri y sus haciendas y mataron a algunos pocos españoles y arrieros que iban al Parral. Quemaron a Yécora y salieron huyendo los padres de Yécora y Tapipa y otros españoles, llegando a salvamento. Que así, milagrosamente, según me avisan, todo lo dicho es cierto. Además de esto, aunque no lo se con certeza, pegaron fuego a Tacupeto, a donde dicen que había ya llegado el general Blas del Castillo con cincuenta hombres... (f. 76v).

II.2. *En persecución de los homicidas*

Con estas noticias el gobernador de Nueva Vizcaya, que se encontraba recién llegado a la Tarahumara, el 17 de mayo tuvo una junta militar en Papigochi para deliberar con los capitanes lo que convenía hacer, dada la asolación y muertes en Sonora y la inseguridad para el tráfico de las recuas hacia el mineral de Uriqui y otras poblaciones de Sonora, importantes para el comercio con Parral.

El general Fernández de Retana opinó que se debía atacar al enemigo por Ostimuri y Yécora para cortarles sus intentos y asegurar así "los pueblos de tanto indio cristiano de la pro-

vincia de Sonora y misiones de Aribechi, Sahuaripa y otras inmediatas, y con ello se aseguren también otros reales de minas" (f. 95v). El capitán Fernández de la Fuente fue de parecer que el gobernador Pardiñas ordenara al capitán del presidio de Sinaloa, Diego Quirós, acudir de inmediato a Ostimuri y hostilizar a los rebeldes por el río de los Mulatos o por Yécora y Maicoba (f. 99r).

El alcalde mayor de Uriqui, capitán Pedro Martínez de Mendíbil, después del combate que tuvo en Batopilas los días nueve y diez de mayo, informaba desde Cerocahui a Pardiñas el 24 de dicho mes, que entre los que apresó está Suchiochi, "principal motor del alzamiento de esta sierra... y declara haber muerto al padre Manuel Sánchez y a cinco españoles en Maicoba y sus contornos" (f. 154v-155r).

Aunque no he podido precisar la fecha exacta de la muerte del padre Manuel Sánchez y del teniente Manuel Clavero, ésta tuvo lugar en los primeros días de abril de 1690, antes del día ocho, pues ya para este día el general del Castillo estaba enterado del hecho, como lo apunté. El 27 de mayo apenas informa el gobernador Pardiñas al virrey, conde de Galve, como los tarahumares mataron al misionero, quemando su misión y flechando las imágenes de Nuestro Señor y la Virgen (f. 134r). El virrey responde el 7 de agosto, recién enterado: "no ignora el cuidado en que me tiene y me causó su carta de 27 de mayo" (*cuaderno* 5: f. 31v y 33).

El 13 de junio vuelve a escribir el padre Salvatierra a Pardiñas, desde la misión de Loreto de Varogíos, quejándose de las negligencias del capitán Diego Quirós:

Ahora acabo de tener noticia cómo el capitán de Sinaloa ya viene de vuelta de la jornada, sin haber podido hacer nada. Que llegó hasta Yécora, pero no vieron a nadie. Y me parece que pocas diligencias hubo para ver el enemigo, ni se llegó a Maicoba, visita de Yécora, a enterrar siquiera el cuerpo del sacerdote y del capitán Clavero. Que a darse por causa de ello la falta de bestias para obra de tanta religión, me parece se hubiera podido caminar a pie una jornadilla de infantería... (f. 183v).

Al mes siguiente, desde el río de Aribechi, el 10 de julio el capitán Quirós envía a Pardiñas la declaración del pima Pablo Júmari en la que dice que los tlatoles les vinieron de los tarahu-

mares, y que si los pimas no los aceptaban, rebelándose también ellos, los matarían:

Y que esto sólo lo admitieron los de Maicoba y sus circunvecinos matando al padre Manuel Sánchez y al teniente Manuel Clavero, tres arrieros y cinco españoles. Y que esto no quisieron hacer en Yécora, ni Taraíchi, quienes avisaron a los padres se retirasen y no los matasen los de Maicoba, Moris, Yépachi, Suara y Muiderama, que son los que bajaron y quemaron los templos, haciendas y casas... (f. 61v-262r).

Y añadió que se quejaban de las muchas vejaciones hechas en tiempo del capitán Juan Francisco de Goyeneche

obligándoles a que le sembrasen milpas en sus pueblos y quitándoles sus ovejas, carneros y maíz; y el capitán Manuel Clavero quemándoles sus rancherías, sin dejarles tiempo para sembrar por los sellos tan contínuos como se despachaban.

II.3. *Otros testimonios*

Hasta aquí han quedado claras varias cosas: el hecho de la muerte del misionero de Tutuaca y Yépachi entre Yécora y Maicoba, junto con sus acompañantes que venían del real de San Nicolás. También se ha declarado la muerte de otros españoles y algunos arrieros pimas que transitaban hacia Parral. Se ha mencionado la quema de varias misiones y reales de minas en Ostimuri y Sonora: las misiones de Tutuaca, Yépachi, Yécora, Maicoba, Tapipa, Taraíchi, Teópari, Onapa y Batopilas y los reales de minas de San Nicolás, Tacupeto y Ostimuri, todo destruido en el mes de abril de 1690, con excepción de Batopilas cuya quema ocurrió al parecer a principios de mayo.

Los testimonios siguientes van a ir completando la información. Se reitera que los tarahumares fueron los que les llevaron los tlatoles a los pimas para que se rebelaran. Se capturan y ajustician dos de los homicidas: Suchiochi, de Batopilas, y Lucas, de Maicoba. Se identifican, además, otros homicidas: Ignaciote Osebac, José, Ignacio y Tucubonabapa. Y, finalmente, que los de Aribechi, vecinos españoles, fueron a recoger los huesos de los muertos. Oigamos ahora, en orden cronológico, los testimonios indígenas y españoles.

Pablo el Júmari, gobernador pima, prometió entregar a los cabecillas de Maicoba, que fueron los que mataron al misionero, al teniente y a los demás. Y en efecto aprehendió a uno de los asesinos, llamado Lucas, y lo entregó al justicia mayor de Tacueto. El testigo Antonio Lobo Guerrero declaró que "el dicho reo, desesperado, con una flecha envenenada se hirió en el muslo, de que murió, y este testigo lo vio tirado en una barranca" (f. 688v y 690v).

Luis, tepehuan de Matachi, declaró el 3 de agosto en Papigochi que un indio de Yépachi les había dicho

"que ya ellos por aquella parte habían acabado con los españoles" y luego vendrían a ayudarles aquí... Luis se fue a Tutuaca, a donde había ido Ignaciotte Osebac a tlatolearlos, diciéndoles que ya tenían bastimentos y pronto tendrían elotes en las milpas. "Y que don Angel, gobernador de Tutuaca, le respondió a Ignaciotte que se fuera de allí y lo dejara, que no quería matarse con los españoles, ni guerra con nadie". Que bastaba que los rebeldes de Cajurichi y algunos de su pueblo hubieran matado a sus ojos dos españoles sin poderlo remediar. "Y que el dicho don Angel le refirió a este declarante que los indios de Maicoba y los de Mórachi [= Moris] habían muerto al padre Manuel Sánchez" y que los españoles acabaron con un pueblo rebelde junto a Yécora. Que un indio de Sonora fue con mensaje de paz a los de Yécora, y lo mataron "y se lo comieron" (f. 223v-226v).

En junta de guerra celebrada en Papigochi el 5 de agosto se ratifica la necesidad de entrar contra los tepehuanes que mataron al padre y a otros españoles (f. 230r), y el 16 de septiembre el gobernador Pardiñas escribe al capitán Diego Quirós que "es muy necesario que entre a Maicoba, visita de Yécora" pues tienen inquieta esa región y esos fueron los que mataron al padre (f. 332v).

Entre tanto continúan las averiguaciones en Sonora y los esfuerzos por pacificar a los rebeldes. El 7 de septiembre el capitán Bernardo Capelo escribe desde San Ildefonso de Yécora la siguiente certificación:

Recibí quietos y pacíficos a los indios pimas de Yécora, Maicoba, Muiderrama, Los Pilares, Tucupa y Moris, "que son de nación pima que se habían rebelado". Vinieron también dos fiscales de Yépachi y el de Tutuaca, y están de paz, como consta, pues desde

la ranchería de Coradepe volvió el capitán Quirós las recuas del general Blas del Castillo sin más escolta que dos indios de Onapa antes rebelados.

Y el día tres salió de aquí de Yécora otra recua de 39 mulas a Maicoba "con los mismos naturales de dicho pueblo y el de Onapa, y sacaron 33 cargas de plomo, que eran las que llevaban José Gutiérrez y Hernando de la Cruz, que fueron los que mataron al tiempo que se rebelaron.

Y asimismo el capitán general de esta nación, don Pablo Ūmari, gobernador del pueblo de Maicoba, con los demás principales aseguraron tener el camino real y comercio [entre Sonora y Parral] en lo que toca a sus tierras, con la libertad y seguro que antes" (f. 423).

El 20 de septiembre el capitán Diego Quirós comunica desde Álamos al gobernador Pardiñas los nombres de tres de los homicidas:

...si v.s. "determinare pasar, como me dice, hasta el real de Ostimuri... en la inmediación están tres indios de la nación pima y pueblo de Muiderrama, llamados José e Ignacio y Tucubonabapa con otros quince, que son los que mataron al padre Manuel Sánchez y a otros cinco pasajeros en Maicoba y Tutuaca, y quemaron las iglesias y cometieron los demás insultos. Y por hallarse, en la ocasión que estuve en Yécora, retirados a la sierra de Batopilas, no los apresé, motivo principal para volver a entrar por el río de Macoyahue, que es por la parte que tengo asegurado el apresarlos, avisando a los gobernadores pimas para que salgan a toparse a la medianía de la sierra y entregarlos, como me lo tienen asegurado; porque, de no hacerlo, podrán estos mismos ocasionar nuevos alzamientos" (f. 428r).

El dos de octubre Agustín García de Yllescas, teniente de Ostimuri, escribe desde Aribechi al gobernador Pardiñas que los pueblos de Tutuaca y Yépachi, "que son los dos pueblos anteriores antes del de Maicoba", vinieron a dar la obediencia y trajeron las mulas que pertenecían al padre Manuel Sánchez (f. 451v). Al día siguiente don José, gobernador de Tutuaca, hace la siguiente declaración en Tomochi ante los capitanes Fernández de Retana y Fernández de la Fuente:

Es de nación tepehuana y, en compañía de catorce pilguanes y demás justicias de su pueblo, dijo "que sabe y ha oído decir que

mataron al padre Manuel Sánchez cinco jornadas de Tutuaca, para donde venían caminando en compañía del teniente Manuel Clavero y otro español". Y que venían con el padre unos tepehuanes amigos, a los que el enemigo no hizo nada por ser los matadores también tepehuanes "del pueblo de Yécora o visita de aquel partido".

La causa de estas muertes fueron los tatoles que les enviaron los indios de Nahuérachi, de nación tarahumares, llamados Sopechí, que quiere decir "morciégalo", "que son tío y sobrino, casados con indias de nación concha, y que a éstos los convocaron los conchos de Queparipa, Guainopa y San Miguel, diciéndoles se aunasen con ellos convocando a los tarahumares y tepehuanes, por estar toda la tierra alzada".

Con este tatole vino a Tutuaca Ignacioté, tarahumar del partido de Cocomórachi, diciendo matasen a los padres y españoles que por allí pasasen, y que así los engañaron. Dijo que en Tutuaca no está Ignacioté, pero sí su mujer e hijos "por estar casada una hija de dicho Ignacioté con un tepehuán de dicho pueblo, gentil".

Dijo también que los pasajeros que pasan por allí hacia Sonora o viniendo de allá, "algunos les suelen pedir carneros, o comprárselos sin pagar". Y añadió que "sabe que los españoles de Aribechi vinieron por los huesos del padre Manuel Sánchez y españoles que con él mataron, como también por el plomo que estaba tirado en el camino" (f. 409v-411r).

II.4. *El entierro*

Al mes siguiente, el 20 de noviembre de 1690, se enterraron finalmente los restos mortales del padre Manuel Sánchez. Como se acaba de ver los españoles de Aribechi habían ido por los despojos antes del tres de octubre y los conservaron religiosamente esperando que llegara el padre visitador Juan María de Salvatierra. Al pasar por Bacanora se los entregaron y hasta entonces se enterraron, casi ocho meses después de su muerte. Éste es el testimonio de Salvatierra (f. 514):

Señor mío [escribe al gobernador Pardiñas]: Hago saber a v.s. cómo ya ha días que voy caminando en estas misiones fronteras a Yécora y Tapipa, y no he tenido más carta de v.s. que la que v.s. entregó al capitán Pedro Martínez de Mendíbil, habiendo yo escrito otras dos a v.s., que me holgaré haigan llegado a sus manos.

En todas las misiones a donde he ido caminando me parecen quedar muy animados los indios amigos y muy superiores a los enemigos nuevamente reducidos y de paz, y otros también. Vinieron a verme los gobernadores de todos los pueblos y me trujeron los huesos que pudieron hallar del padre Manuel Sánchez y teniente Manuel Clavero, que hoy hemos enterrado con la solemnidad posible, asistencia de padres y del justicia mayor, y teniente y vecinos españoles...

Así concluyó la presencia física en estas misiones del padre Manuel Sánchez. Estos son sus rasgos biográficos. Nació en la villa de Marchena, provincia de Sevilla, en diciembre de 1649. En 1669 fue recibido en la Compañía de Jesús en la provincia bética, donde cursó el noviciado y sus estudios hasta filosofía. Desde 1670 pidió al padre general Gian Paolo Oliva el ir a trabajar a las misiones ultramarinas, lo que se le concedió en 1675. Partió de Granada a Sevilla en mayo de ese año y al mes siguiente, el 28 de junio, recibió el despacho de embarque. Vino, como queda dicho, en la expedición de 17 sujetos que trajo el procurador Manuel de Villabona. Entre sus compañeros venía también el padre Diego Ortiz de Foronda, muerto por los tarahumares casi al mismo tiempo que él lo sería por los pimas.

Al embarcarse se le describe así: "pequeño de cuerpo, blanco, el ojo derecho algo reventón" (AGI, *Contratación* 5442, doc. 9). Llegado a Nueva España estudia teología de 1677 a 1680. En 1681 hace su "tercera probación" en Puebla, dedicado durante varios meses a la vida ascética, y al concluirla parte a las misiones del noroeste. Su primer destino fueron los puestos de Yécora y Maicoba, de donde ya en 1682 —a un año escaso de haber llegado— pedía el padre José Tapia, ministro de la misión de Toro, que saliera de las misiones el padre Sánchez, por no ser para ese ministerio, como lo escribía el 22 de abril al visitador y rector Juan Baustista de Ancieta. Y éste, a su vez, informaba al provincial Bernardo Pardo el 16 de agosto de 1682:

Al padre Manuel Sánchez concedí entrarse en Chínipas; es fuerza sea en lugar del padre Pécoro... Por horas estoy esperando propuestas del padre Sánchez, según me dicen los que lo conocen, y que hasta que se halle en una misión muy buena no ha de parar, y aun después ha de pedir otra cosa... (AGN, *Jesuitas* I-12: 2p).

Lo anterior indica un carácter inestable y afecto a ciertas comodidades. Sin embargo, continuó en la misión que se le ha-

bía asignado. Ahí se le localiza en noviembre de 1684 (AGN, *Hacienda* 278-22) y probablemente persistió hasta fines de 1686. De este periodo nos dejó dos documentos interesantes: la *Annua* de Yécora de 1684, con un panorama histórico desde su fundación en 1673 (AGN, *Hacienda* 279-106) y el inventario de las alhajas de las iglesias de Yécora y Maicoba, también en 1684 (AGN, *Hacienda* 279-105).

A fines de 1686 o comienzos de 1687 pasó a las misiones de Tutuaca y su visita Yépachi, de población pima y tarahumara (ARSI, *México* 8: 319 y *México* 5: 390) en donde perseveraría hasta su muerte a comienzos de abril de 1690. Un mes antes, el 1 de marzo de ese año, el visitador Francisco de Zelada escribía al provincial Ambrosio Odón:

El padre Manuel Sánchez, que está en Tutuaca, tiene deseos de salir de misiones y será muy justo darle consuelo. Hállase melancólico, y no tengo otra cosa que proponer para que salga, aunque es bien inútil para lo temporal. Y está tan desabrido con los indios que hace muy poco en su provecho, aunque es sujeto religioso y edificativo (AGN, *Jesuitas* I-16: 1f).

II.5. *Los restos de la misión de Tutuaca*

Doy dos testimonios: el del octogenario cacique de Tutuaca, don Angelo, y el del paje y fiel servidor del padre Manuel Sánchez, llamado Pascual. El 25 de diciembre de 1690 llegaron a Tutuaca los capitanes Fernández de Retana y Fernández de la Fuente y "hallamos —escriben a Pardiñas— la iglesia quemada y en la casa del padre Manuel Sánchez cantidad de plomo en planchas y derretido, y noticia de haber muerto en este puesto tres españoles".

Don Angelo, por su parte, declaró que admitieron los tlatoles de Ignaciotte y de Nicolás el tuerto

los tepehuanes de Mataráichi, Maicoba, Yépachi y otras ranche-rías, y que éstos fueron los que mataron al padre Manuel Sánchez, su ministro, y al teniente Manuel Clavero, quienes venían de San Nicolás, y que dichas muertes las hicieron como tres jornadas de este puesto. Y que por el tiempo que vinieron estos cabezas llegaron dos españoles y un muchacho de hacia Ostimuri, a quienes mataron dicho Osebac y los suyos. Y que el plomo que está en la casa del padre es de José de Zubiato, quien asiste en Ostimuri,

quien lo tenía en este puesto para conducirlo al real de Santa Rosa [de Cusihuiríachi]. Pero que ni don Angel, ni la gente de su cargo consintieron tales tlatoles, antes al oír venían los rebeldes, recogieron los ornamentos, cáliz y santos de la iglesia, como son San Miguel y Santiago con otras alhajas y... un arcabuz, tres mulas y bestias caballares que habían dejado, así del padre como de los españoles muertos; que uno y otro remitieron al padre Natal Lombardo, misionero de Aribechi... (f. 556).

El último día del año rindió su declaración Pascual, ante los mismos militares, en el puesto de Paguéachi. Dijo ser de nación tarahumar, tener 22 años, y juró decir la verdad mediante el intérprete Alonso Muñoz de Zepeda:

Dijo que venía el padre del real de San Nicolás, como también el teniente Manuel Clavero, y que más abajo de Maicoba les salieron los indios tepehuanes de Yécora y Maicoba y sus contornos, capitaneándolos un indio tepehuán llamado 'el mexicano', que es de Yécora, y que éstos fueron los que mataron al padre y al teniente... Y que después de haberlos muerto los desnudaron, y que a este declarante le quitaron su caballo y le dijeron se fuera con otros dos indios que venían con el padre, llamados el uno 'el caporal' y el otro Fabián. Y que vinieron colando toda la noche, y al amanecer llegaron a la ranchería de Yépachi, que es de tepehuanes. Y después pasaron a Tutuaca donde vieron que, junto a la casa del padre, habían muerto a tres españoles que venían de Ostimuri, habiéndolos cogido dormidos. Y que los matadores fueron los tarahumares de Galá Guasachiqui, Sírupa y sus contornos. Y que don Angel con su gente se retiró al pueblo por no consentir con los rebeldes. Y que el plomo que está en la casa del padre es de un español de Tacupeto (f. 561v-562r).

Este español era José de Zubiarte, vecino y mercader en ese real y originario de la provincia de Guipúzcoa. Desde hace poco más de siete años reside entre Tacupeto y Ostimuri, y tiene 27 años de edad (f. 692-693r), como él mismo lo declaró. En carta a Pardiñas los militares arriba mencionados precisan que "el plomo llegará de 60 a 80 quintales, y el arriero que fuere ha menester llevar hachas o picos para partir, porque lo más de ello está hecho plancha por haberse derretido al tiempo que quemaron la casa del padre, que es a donde estaba (f. 539). De Aribechi van a venir por el plomo (f. 541v).

Así quedó destruida la misión de Tutuaca, lo mismo que su visita Yépachi. Neumann en su *Historia Seditioinum* añade que

se despobló, se cerró y no volvió a tener misionero sino hasta después de 22 años (*Neumann...*, p. 54-55).

Captura y muerte de los homicidas

Los cuatro testimonios que siguen se refieren a la aprehensión y ajusticiamiento de Osebac, Lucas de Maicoba y de los hermanos Muiderrama. Los señalo en orden cronológico.

El 28 de abril de 1691 se presentaron ante el gobernador de Nueva Vizcaya, enviados por don Jerónimo, capitán general de la Tarahumara Occidental, el gobernador de Papigochi, don Lucas, y Miguel Bejarano con otros tres capitanes y ocho tarahumares. Esto declararon:

que aunque ha más tiempo de cuarenta y cinco días que fue muerto Osebac en Techarichi, junto a Tosánachi, traen ahora su cabeza y brazo, pues don Jerónimo supo que su señoría quería se la trajesen, y que no lo había hecho antes porque la pareció tenerla en la plaza del pueblo para el ejemplo de todos los indios. Y que en teniendo las de Malagara y Nicolás el tuerto vendrá él a traerlas (ff. 631r-632v).

Y el señor gobernador Pardiñas les hizo jurar dijieran la verdad, y les preguntó si, cuando la trajeron, reconocieron era la cabeza de Ignaciote, y respondieron

que no sólo ellos sino más de dos mil personas... de Papigochi y Santo Tomás la vieron y reconocieron acabada de traer... y que los que le mataron fueron dos indios: el uno llamado Bautista, mocetón, y el otro ya de mayor edad, cuyo nombre no saben, los cuales son de Cocomórachi, de donde fue vecino y capitán el dicho Ignacio Osebac... que fue el principal que capitaneó la gente de Cajurichi y Cahuisorichi y Paguéachi, y conmovió a los tepehuanes a la asolación de los reales de minas de Ostimuri... y el que en Tutuaca causó las muertes de los españoles que venían de Sonora, haciendo lo mismo con los que halló en Cocomórachi, habiendo acometido con su gente en Maicoba al padre Manuel Sánchez y a los españoles que le acompañaban, a quienes con dicho padre les quitó las vidas.

Enviado por el gobernador Pardiñas a averiguar los hechos delictuosos acaecidos en Sonora, el general Marcos Fernández de Castañeda, nombrado para entonces alcalde mayor de Osti-

muri, escribe el 17 de octubre de 1691: Dos indios, padre e hijo, de Yépachi, que estará a 40 leguas al sureste, llamados respectivamente Santiago Oyúcame y Blas Sisiboda

fueron los dos primeros motores y principales cabezas que recibieron el tlatole el año pasado de noventa, que trujo un tarahumar de Yepómera. Y estos dos lo abrazaron con mucho gusto. Según consta de sus confesiones fueron los que alzaron la tierra, y el hijo Blas quien mató al padre Manuel Sánchez, y el padre Santiago Oyúcame al teniente Manuel Clavero, auxiliados de otros veinte de Maicoba. Y por las manos y orden de dicho viejo se ejecutaron todas las muertes, robos e incendios, a cuya asolación quedó toda la tierra tan desdichada y pobre, por la falta de haciendas que quemaron, y ganado y bestias que hurtaron y consumieron, y los vecinos que ahuyentaron. . . , que para reformarse algo dicho país habrá menester repetición de años floridos. . .

Todo es posible a Dios, quien permitió que los dos dichos, padre e hijo, nunca quisieron dar la paz, ni recibir el perdón, antes trataron de nuevo alzamiento acabando de una vez los españoles, como el viejo les decía, siendo entonces, cuando yo vine, gobernador de Yépachi.

Sin embargo, los indios de quien él se fió, descubrieron sus infernales designios dando cuenta a los gobernadores, y éstos al Júmari, capitán general, y el dicho a mí que con todo sigilo le di la orden cómo los había de prender. Aunque retirados en el monte, los cogieron y me los trajeron el día 27 de septiembre. Y el día ocho de octubre, habiendo corrido en la causa con la madurez que el caso pedía, se ejecutó en los dos dichos la sentencia de muerte, habiendo después sembrado sus cabezas y manos por los parajes en donde ejecutaron sus mayores crueldades (f. 643v-644v).

Dos meses después, el 12 de diciembre de 1691, el padre Natale Lombardo, misionero entre los eudebes de Aribechi, escribía al gobernador Pardiñas:

Los que van y vienen del real de Santa Rosa [de Cusihuiachi] al de Tacupeto experimentan, con la apacibilidad de los indios, la obediencia a cuanto se les manda, acudiendo a todo con puntualidad debida.

El Júmari ha procurado satisfacer su persona entregando a la justicia dos indios de Yépachi: Santiago, gobernador, y Blas, prin-

cipales del motín de esta nación, y que aún no mostraban arrepentimiento. Éstos no mencionaron en cosa al Júmari, confesando sin apremio sus delitos. Y antes ya había entregado otro, Lucas, de Maicoba, compañero de los susodichos que aquí le arrojaron, porque murió sin muestra de arrepentimiento, habiéndose punzado con su mesma flecha.

Los dichos Santiago y Blas son los homicidas que antes mencionó el general Marcos Fernández de Castañeda, y el otro, de nombre Lucas, es el mismo del que declaró Antonio Lobo Guerrero haberlo visto tirado en una barranca. Finalmente, el 4 de enero de 1692 el general Fernández de Castañeda informa a Paridiñas acerca de la captura de los de Muiderrama y su ejecución:

Por los autos que le envió verá su señoría el resultado de las pesquisas, el sentir de los españoles y el proceder del Júmari. Antes habían sido ajusticiados Santiago y Blas, como queda dicho. Y Santiago reveló una familia de seis hombres: cuatro hermanos, un hijo y un yerno del hermano mayor, de apellido Muiderrama "por haber nacido en una ranchería de ese nombre, que cae de Yécora al poniente". Francisco era el hermano mayor, le seguía Cristóbal, Ignacio y José. Todos fueron cabezas en la sublevación pasada, y el general Quirós no pudo conseguir que éstos bajasen de paz.

En cuanto llegué a esta jurisdicción me avisaron de estos Muiderramas y les envié mensaje con un indio ladino de nombre Salvador, de su misma nación, que crió el padre Pedro Matías Goñi, sin conseguir nada. Tampoco el padre Natale Lombardo, ni el teniente general Agustín García de Yllescas "que es bien visto de dicha nación".

Así, pues, salimos en su busca el tres de diciembre de Tacupeto con trece compañeros, y el Júmari envió espías. Seis días antes de nuestra llegada celebraron los Muiderramas "una solemne borrachera" invitando a las rancherías adjuntas, tlatoleándolos para otro levantamiento. Pero los demás indios no aceptaron y se pelearon entre sí, "y salió de una puñalada mal herido un alcalde de Maicoba", y otro indio, yerno del Júmari, escapó de milagro y fue quien nos avisó del caso.

Y en llegando a Moris juntamos muchos indios amigos, y el día 15 de diciembre les dimos "albazo con tal felicidad que los dos cabezas principales en la muerte del padre Manuel Sánchez: Ignacio y José murieron en la refriega, aunque el José alcanzó confesión por medio del padre Luis María Pinelli... El Cristóbal rompió el cerco con dos heridas en el muslo y espaldas". Fran-

cisco, el mayor, y su hijo huyeron indemnes, pero cayó Crisanto, su yerno, que tengo preso. Los indios amigos fueron cien.

Remito a v.s., un papel del padre Natale Lombardo, por donde verá este buen suceso. Y no le envío otros testimonios, como el de don Diego Antonio Manrique de Lara, por ser muy elogiosos en mi favor. "Acabada la guerrilla de aquella mañana" el gobernador de Moris, su alcalde y sus 51 gandules de arco y flecha, de los que sólo cuatro son cristianos, vinieron a darme las gracias por lo realizado y me pidieron padre misionero.

III. *Las otras iglesias destruidas y los misioneros amenazados*

Las frases y declaraciones siguientes, textualmente tomadas de las actas de guerra de 1690, indican el trasfondo de las actitudes y mentalidad indígenas, así como el estado de ánimo en que se encontraban, saturado de amargas y de las injusticias cometidas con ellos.

"No dejar español, ni padre" (pimas de Sonora, f. 127r). "Irían entrando a matar a los padres misioneros": los rebeldes tarahumares y conchos (f. 30). "Matar a los padres y demás españoles, que así lo habían hecho los tarahumares" (pimas de Sonora, f. 80). "Consumir y extinguir las misiones y reales de minas" (f. 134r). "Que no admitieran padres porque los españoles los envían por delante y que luego entran ellos y los hacían trabajar y los maltrataban" (f. 170v). "Quieren acabar con los españoles por llevarlos a trabajar, los azotan y castigan, y que han visto les han ahorcado a algunos de sus parientes" (*cuaderno 3*: 16v). "Porque en cuanto tiempo ha que viven entre españoles no paran un instante si no es sirviéndoles a todos y llevándolos al Parral a trabajar (*cuaderno 3*: 9r). "Porque los gobernadores de sus pueblos los llevan a trabajar al Parral y a otras partes" (*cuaderno 3*: f. 16r). Los misioneros y los capitanes los obligan a vivir congregados en pueblos (f. 257v) y ellos no quieren. Por todas las vejaciones que han sufrido quieren "concluir con todos los españoles y enviar desnudos a los padres misioneros a predicar a sus tierras y no a los indios" (f. 118v).

Y pasando a los hechos mataron, como queda expuesto, a dos misioneros y a muchos españoles, y declararon que "eran nueve los religiosos que habían de morir a un mismo tiempo" (f. 32v). Al revisar las actas de la rebelión de 1690 encontré los datos no de nueve, sino de doce misioneros amenazados de muerte y la destrucción de 22 misiones: 12 en la región tarahumara y 10 en

Sonora, además del incendio de 7 reales de minas. Ambas acciones están íntimamente ligadas pero, para mayor claridad, las deslindo en esta exposición. Y juntamente, por justicia, así como apunto las acciones destructivas, señalo también la actitud de los indios fieles respecto a sus iglesias y a los misioneros.

III.1. *La quema de las misiones*

En la Tarahumara la primera misión destruida por el fuego, como ya queda relatado, fue la de Yepómera, en la noche y amanecer del 28 al 29 de marzo de 1690 por los rebeldes de Nahuérachi y sus aliados, y por parte de "los de abajo" de Yepómera (f. 192, 254v, 168r). Al año siguiente, el 29 de diciembre de 1691 en Bachíniba se encontró Munaguiqui y su hijo "que fueron castigados por mí dicho capitán [Fernández de Retana] el año pasado, en haberse hallado en la muerte del padre Diego Ortiz de Foronda, en el pueblo de Yepómera, como el haberse llevado el cáliz y patena de la iglesia de dicho pueblo; los hice traer a mi presencia haciéndoles cargo de que me entregaran dicho cáliz y patena". Dijeron tenerlos enterrados debajo de una peña en Gorogachi, y les ordené a buscarlos y llevármelos a Papigochi (ff. 669rv). Así lo hicieron y Fernández de Retana los entregó al padre visitador Francesco María Piccolo en Carichí, junto con dos vales por 200 reses el 14 de enero de 1692 (f. 681v, 497v, 500v).

Los tarahumares fieles de Yepómera huyeron de miedo más allá de Sírupa ante las amenazas de los rebeldes de Nahuérachi. Éstos volvieron a amenazarlos en Sírupa, y huyeron nuevamente de allí, y al pasar el río que iba muy crecido, se les ahogaron muchos muchachos, gran cantidad de ganado menor y caballos, como lo declaró Juan, hermano del gobernador de Yepómera (f. 397r).

En la misión de Ariséachi residía el padre Jirí Hostinsky, originario de Valaské Klobuk, en Moravia, en donde nació el 17 de marzo de 1654. En junio de 1687 se embarcó con destino a México y desde principios de 1688 se encontraba en la Tarahumara. Empezaba en 1690 su tercer año de vida misionera. Invitado por el rector de esa unidad tarahumara, Francisco de Velasco, a celebrar la semana santa en la misión de Matachí, que ese año se tuvo del 19 al 26 de marzo, partió a dicha misión. Ahí, le sorprendió la noticia de la muerte de su compañero, Diego Ortiz

de Foronda, al tiempo que se enteraba, también, de la quema y saqueo de su misión de Ariséachi por los rebeldes de Nahuérachi y aliados (f. 31v, 396v). Huyó a refugiarse a Papigochi, pues era uno de los señalados con amenazas de muerte, como lo escribe el general Marcos Fernández de Castañeda al gobernador Pardiñas el 4 de abril de 1690 (f. 33r).

La tercera misión quemada fue la de Cajurichi, de la que estaba encargado otro moravo, el padre Villem Illing, nacido en Zatec el 17 de junio de 1648. Compañero de navegación y de destino de Hostinsky. Desde 1681 había pedido al padre general de los jesuitas pasar a las misiones de ultramar, y fue escogido en lugar del padre Johann Kaller, quien había solicitado ir a California. Al igual que Hostinsky llegó en 1688 a la Tarahumara. Su primer destino fue Cajurichi. La semana santa de 1690, la pasó en Matachi, de donde huyó a refugiarse a Papigochi y a Cusihuiríachi en compañía de los padres Velasco y Hostinsky.

Los tres estaban amenazados de muerte y aun temían que les saliesen al encuentro para flecharlos (f. 44r). Llegó a Papigochi el 4 de abril y en el camino a Basuchi se enteró, por carta del misionero de Sisoguichi, José Neumann, que su misión de Cajurichi había sido quemada: "la iglesia y casa, con todo lo que tenía dentro" (f. 57v-58r). Y al padre Illing "le estuvieron esperando en emboscada, juzgando volvería a su misión, para matarlo", como escribe Antonio Fernández de Castañeda a su hermano Marcos el 17 de abril (f. 59v). A Cusihuiríachi llegó Illing el 12 de abril por la noche. Parte de mayo lo pasó en Sisoguichi con Neumann y el padre Pedro Ignacio de Loyola. Luego fue a Carichí donde residía el visitador Píccolo donde, junto con Francisco de Zelada, misionero de San Borja, firman un memorial el 23 de agosto, que envían a Pardiñas pidiéndole que los tarahumares se congreguen en pueblos y que mientras permanezcan sobre las armas (f. 246-248r).

Del 11 de septiembre al 19 de octubre el padre Illing acompañó como capellán militar a los capitanes Fernández de Retana y Fernández de la Fuente en un extenso recorrido por Temechi, Pichachí, Güébachi, Cajurichi, Tomochi, Ariséachi, Cocomórichi y Santo Tomás. Vio la mayoría de estas misiones quemadas, entre ellas la suya, en donde estuvo del 18 al 22 de septiembre, de lo que quedó profundamente conmovido y con no poca amargura (ff. 295v-296, 362v-380v, 386v-388, 409v-415v y 430v).

En 1691 pasó al rectorado de Chínipas a ocuparse de la misión de Loreto, de indios varogíos, donde permaneció hasta agosto de 1696. Ese mes regresó a recibir la misión de Norogachi, de donde al año siguiente salió huyendo otra vez al estallar una nueva rebelión en 1697. Volvió a ocuparse de las misiones de Loreto y Guadalupe de varogíos. Hacia 1709 fue nombrado visitador de las misiones de Sinaloa, a las que pertenecían las de Chínipas, y en esas misiones murió en 1712 (Neumann, 1730: 97, 111; AGN, *Jesuitas* I-12; *Hacienda* 278-20 y 295-76; ARSI, *México* 6: 179v e *Historia Societatis* 50: 91).

Otra de las misiones quemadas, la cuarta, fue Cocomórachi en donde residía el padre Florencio de Alderete, cuyo rectorado acababa de comenzar al término de el del padre Francisco de Velasco. Nació en Tlalpujahua, Michoacán, hacia 1655. Entró de jesuita en 1671. Ordenado sacerdote su primer destino fue la misión sonorenses de Aribechi, entre los eudebes. Ahí pasó 1682 y de 1683 hasta su muerte en 1719 trabajó entre los tarahumares en Cocomórachi (1683-1695), Matachi (1696-1699) y Norogachi (1700-1719). Fue dos veces rector de la parte norte de la Tarahumara en 1690-1693 y 1718-1719, y visitador de 1708 a 1711. Como capellán castrense y como visitador tuvo oportunidad de recorrer todas las misiones a su cargo. Dejó un relato del incendio de Cocomórachi por los rebeldes en 1690. Murió en Norogachi el 9 de diciembre de 1719.

Su misión de Cocomórachi fue incendiada probablemente el día 30 o 31 de marzo de 1690 por los rebeldes de Nahuérachi, Sírupa y Ocóre "que son revueltos de tepehuanes y conchos" (*cuaderno* 2: f. 8v-10r). Ana, casada con Pablo, ambos cristianos de Cocomórachi y ella cocinera del padre, declaró que desde que se asoló el pueblo ha estado en la junta del río de Cocomórachi. El padre Alderete fue a Matachi y ella fue al monte a hacer mezcal cuando asolaron Nahuérachi. El gobernador del pueblo, amenazado de muerte, no pudo resistir, y no sabe su paradero. Los tarahumares de Cocomórachi viendo todo destruido y creyendo que los culparían a ellos, huyeron; algunos se juntaron con los rebeldes, pero a muchos los apresaron los españoles el 24 de junio (f. 177v-178r).

Pero, además de la quema de la misión y casa del padre (f. 257r y 396v), Nicolás de Nahuérachi, hijo de Mateo el Cuervo, declaró en Galá Guasachiqui el 18 de noviembre de 1690 "que se juntaron las rancherías de Aboréachi y Basachéachi para ma-

tar al padre Florencio de Alderete. . . , y como no estaba el padre en dicha misión, mataron a dos españoles, padre e hijo, que se hallaban en dicho puesto, quienes venían de hacia Sonora y traían quesos. Y que los de Cocomórachi no admitieron el tlatole, menos los de la parcialidad de Ignacioté" (f. 499v). Los que se habían huido dicen que más lo hicieron por miedo que por rebeldía, pues aunque el general Marcos Fernández de Castañeda les quemó sus jacales, con todo no osaron regresar (f. 257r).

La quinta misión destruida en la Tarahumara fue la de Matachi, en donde tenía su sede el misionero Francisco de Velasco. Castellano de nacimiento vio la primera luz hacia 1652 en Salamanca. En 1669-1670 entró a la Compañía de Jesús en España y vino a México a fines de 1675, siendo estudiante de filosofía, en la misma expedición mencionada con Diego Ortiz de Foronda y Manuel Sánchez. Al embarcarse tenía 23 años y se le describe como "mediano de cuerpo, moreno y de ojos pardos" (AGI, *Contratación* 5442, doc. 9). Su nombre completo era Francisco González de Velasco. Ordenado sacerdote en 1680 y concluida en 1681 su tercera probación, para 1682 se le encuentra ya en la Tarahumara, en donde fundó la misión de Tutuaca y donde permaneció hasta 1686. De 1687 a 1690 fue rector, con sede en Matachi. De 1692 hasta fines de siglo residió en la misión de San Pablo, de tarahumares y tepehuanes. Murió en Parral el 18 de enero de 1701.

La iglesia y la casa del padre fue quemada y saqueada por los mismos de Yepómera, Nahuérachi y Sírupa, uno o quizá dos días después de que mataron al padre Diego Ortiz de Foronda, es decir el 30 o 31 de marzo de 1690 (f. 31v-32r, 222r). El 4 de abril desde Papigochi escribía el padre Velasco: "Mi partido y el de Cocomórachi quemados y hurtada toda la caballada y ganado, según dicen. . ." (f. 44r). Avisado por uno de sus indios de que lo querían matar, huyó a refugiarse a Papigochi (f. 33r, 219r). Su gente: tarahumares y en menor número tepehuanes se quedaron en Matachi, y esto sucedió según las declaraciones de los testigos indígenas: Vieron venir mucha gente hostil, dice Francisco, capitán de Matachi, y pusieron fuego a la iglesia y a la casa del padre. Los del pueblo huyeron, no por rebeldía, sino de miedo y para salvar la vida y se fueron a la sierra frontera de Ocoichi (f. 175v). Al alejarse los rebeldes, se animaron los de Matachi a bajar y salvar lo que pudieron de la iglesia: santos, ornamentos, vasos sagrados, "lo cual resguardaron en un

coscomate para entregarlo a su padre ministro, excepto una imagen de un Santo Cristo de bulto que se llevaron los de su pueblo a la sierra para tenerlo en su compañía como cristianos" (*cuaderno 3: f. 37v-38r*).

Los dos sacristanes, Nicolás y Pascual guardaron algunos trastos del padre, libros e imágenes, rescatados de lo que no saquearon los tarahumares y tepehuanes, y que no alcanzaron a quemarse; lo mismo algunos ornamentos, porque los que había dejado encerrados el padre los consumió el fuego. Y el gobernador de Matachi, don Juan de Guevara, no dejó que se robaran los ornamentos "que eran del pueblo y no del padre". Y el mismo gobernador, el fiscal Lucas, el capitán Francisco y otro de nombre Felipe, ayudaron a salvar y guardar las cosas sagradas. Unas indias guardaban doblados los ornamentos sobre unos huacales, Nicolás "trae siempre cargando una petaca con los ornamentos de la iglesia de Matachi", en tanto que Pascual, el otro sacristán, "hizo sudaderos de su caballo un ornamento de tela con puntas grandes de plata", y un indio sonora llamado Bernardo "se puso una sotana del padre y se ponía a remedarlo como predicaba" (f. 120v, 115v, 203v).

Con toda veracidad los testigos declaran que unos se conservaron siempre fieles y otros se unieron a los rebeldes. Así, por ejemplo, el alcalde Francisco dijo que él estaba enterado desde hacía mucho tiempo de esta conjuración, y se fue con los rebeldes. Otros por fuerza fueron obligados a unírseles, como lo relata Margarita, quien dice que los llevaron "a La Cieneguilla, donde hicieron carne de las vacas del padre de Matachi". De ahí los llevaron a la cañada de Cocomórachi, donde desjaretaron el ganado de la misión para comer. Y los llevaban así de un lado para otro sin parar, "que ya andaban con los pies avejigados y que no podían andar más". Y para que a un tarahumar o a un tepehuán en esos tiempos en que normalmente andaban descalzos, se les ampollaran los pies, indica lo forzado y continuo de las caminatas (f. 116v-120).

Señalan también los declarantes que en Matachi bailaron la cabellera blanca de un español, que trajo uno de Cocomórachi, y que la festejaron bebiendo mucho vino (tesgüino).

El 14 de junio, al pasar por Matachi los soldados, "lo hallaron todo quemado, la iglesia, casa del padre y muchas cosas junto a la iglesia, y entre las trojecillas, que llaman coscomates, algunos libros y misales e imágenes de santos que parecía tenerlos allí

guardados" (f. 167v-168). El 29 de julio devuelven lo que se pudo recuperar de los ganados y caballos de la misión de Matachi (f. 216r) y el 14 de septiembre regresan un ornamento, un cáliz y patena de Matachi que conservaron Nicolás, paje del padre, y Pascual el sacristán. Otros devuelven también 29 yeguas (f. 322v). Para octubre de 1690 ya tenían hecha una capilla de paja y de la propia forma un aposento para el padre, por estar quemado lo que había (f. 391r). A otros de Matachi, como unos veinte, se llevaron los rebeldes a la junta de los ríos de Matachi y Cocomórachi y después a Ariséachi. Dicen que pelearon en esas partes y que mataron diez españoles (ff. 112v-113v).

La sexta y séptima misiones de la Tarahumara incendiadas por los rebeldes fueron Tutuaca y Yépachi, de las que se ocupaba el padre Manuel Sánchez. Ambas misiones eran de población mixta: tarahumares y tepehuanes o pimas, que así les llamaban. Las incendiaron los rebeldes a principios de abril, casi al mismo tiempo que Yécora, Maicoba, Tapipa, Taraíchi y Onapa, junto con los reales mineros de Ostimuri, Tacupeto, San Nicolás y San Marcos, como informa el doce de mayo el capitán Juan Francisco de Goyeneche (f. 185rv, 59v-60v y 74rv).

Tomochi fue la octava misión incendiada a comienzos de abril de 1690. El día doce de ese mes lo informa el sargento mayor Antonio Fernández de Castañeda a su hermano Marcos, en una nota al margen que alude a las misiones quemadas (f. 56v) y a que se habían declarado enemigos (f. 59v). Fueron los de Nahuérachi y sus aliados los incendiarios (f. 396v). Tomochi y Tutuaca eran pasos obligados del camino a Sonora (101v).

La misión de Papigochi fue la novena destruida y quemada. En ese lugar se habían concentrado las tropas para hacer guerra defensiva y ofensiva, como entonces se decía, a los rebeldes. Era como el cuartel general de los españoles. El general Fernández de Retana así se expresaba de Papigochi:

Asimesmo ha parecido ser convenientísimo el estar a la mira de la gente de este pueblo y sus contornos, que se hallan juntos, por componerse de más de tres mil almas de chico y grande; porque, de ausentarnos, no hay duda que lograrán los rebeldes atraer a su devoción toda esta gente que es la corte de Tarahumara y la cabeza en que se miran todos los pueblos (f. 67v).

Y los enviados del gobernador general de la Tarahumara del poniente, don Jerónimo, declararon ante el gobernador de Nue-

va Vizcaya en Parral al entregarle la cabeza del rebelde Ignaciote, que la reconocieron en Papigochi "más de dos mil personas" (f. 631v).

Los españoles pensaban que no eran muy de fiar los habitantes de Papigochi, ni su gobernador don Jerónimo; que aparentaban ser partidarios del español o se hacían pasar por neutrales pero que muchos eran de corazón doble y favorecían ocultamente a los rebeldes (f. 33v-34r). En realidad había de unos y de otros, y así fue atacado sorpresivamente Papigochi el 19 de mayo de 1690 (f. 63r-66v) y un mes después, el 16 de junio

se atacó [nuevamente] Papigochi y quemó la iglesia y casa del padre, la del gobernador don Jerónimo, llevándole cuanto tenía en ella, su ganado menor y caballos. Lo mismo hicieron con la de Miguel Bejarano, indio. Y que dieron este ataque como a medio día, y que los vecinos estaban en sus milpas desprevenidos. Que los rebeldes se llevaron dos mujeres y que la gente se ha refugiado en Temechi. Que de Santo Tomás han huido de miedo (f. 174rv).

En la quema de la iglesia fue como capitán el gobernador de Ariséachi y que a dicha quema concurren indios de Papigochi para arriba, excepto los de Yepómera, Matachi y Temésochi. Esto declararon Pascual, vecino de Santo Tomás, y un indio preso llamado Juan (f. 176r).

De la misión de Papigochi se encargaba el misionero napolitano Doménico Créscoli. Nació hacia 1645. Entró en la Compañía de Jesús el 1 de febrero de 1663 y en Italia cursó todos sus estudios. Ya sacerdote pasó en 1687 a Nueva España. Era "mediano de cuerpo, abultado de rostro, pelo negro" (AGI, *Contratación* 5550). Para febrero de 1688 ya estaba en la Tarahumara, en la misión de Yepómera, que acababa de dejar el padre Agustín de Roa (AGN, *Hacienda* 695 y *Hacienda* 26-20). Al año siguiente pasó a Papigochi en lugar de Petrus Thomas van Hamme que había sido destinado a China (AGN, *Jesuitas* I-16). No se halló con los tarahumares y en 1692 pasó al colegio del Espíritu Santo, en Puebla y en 1696 al de Valladolid. Año y medio (1705-1706) estuvo en la Pimería con Kino, y de 1707 a 1715 nuevamente en Puebla, donde murió el 21 de octubre de 1715 (ARSI, *México* 8: 107v, 241v, 328v; *Historia Societatis* 50: 98).

Temechi fue la décima misión incendiada, aunque ellos propiamente no se rebelaron. La quema y destrucción de la iglesia

y casa del padre fue a comienzos de abril de 1690. No pudiendo evitarlo los del pueblo ante la avalancha de los rebeldes, procuraron guardar el ornamento del misionero (f. 209v). El 8 de abril el gobernador Antonio Tomás prometió 40 indios de arco y flecha contra los sublevados (f. 55v). Como en otras partes también hubo simpatizantes de la rebelión y gente pernicioso, como dos hechiceros que se mencionan. Uno, don Diego "tenía enterrada una olla de agua dentro de la casa de la vivienda del padre para que, en pasando sobre ella, muera el padre". Y este hechicero ha muerto la gente, "nacido de su mal natural" (f. 366v). El 11 de mayo se ajustició a otro hechicero, de nombre Sebastián, que traficaba con mujeres tarahumaras para que se acostaran con los indios, y por cada una exigía cuatro o cinco caballos; y si se resistían los amenazaba de muerte o con azotes (*cuaderno 2: f. 21r-22r*).

De esta misión se ocupaba el padre Juan Fernández, angelopolitano. Nació en 1644. El 17 de mayo de 1660 entró al noviciado de Tepozotlán, donde fue compañero de Carlos de Sigüenza y Góngora. En 1674 concluyó sus estudios y, ordenado sacerdote, estuvo de operario en el colegio de Oaxaca de 1675 a 1677. Al año siguiente se le localiza en la misión sonorenses de Babiácora y Aconchi, donde se interesa por los seris, de los que se ocupará desde la misión de Ures (1678-1686). De 1687 a 1699 trabajó con los tarahumares en Temechi. En 1700 pasó a México y murió en la hacienda de Malinalco el 21 de diciembre de 1708 (ARSI, *México* 5: 41, 102v, 113, 199, 146; *México* 8: 304v, 309, 319v, 325, 330; *México* 6: 111, 163v; *Historia Societatis* 50: 84).

Temósachi es otra de las misiones tarahumaras arrasadas por el fuego, la undécima, a principios de abril. Fueron los de Nahuérachi, Sírupa y Ocóre los incendiarios (*cuaderno 2: f. 9v*), como lo declaró el 19 de abril Sebastián de Yepómera, como lo escribe el padre José Neumann (Neumann, p. 40). El cabecilla Mateo el Cuervo estuvo en el incendio con los rebeldes (396v, 500v). Los tarahumares de Temósachi huyeron temerosos de los sublevados y de que los culparan los españoles, y no bajaron sino hasta mediados de mayo, asegurados por los correos que les envió el general Fernández de Retana (*cuaderno 2: f. 25v-26r y 28r*). El padre Alderete reconoció en noviembre los destrozos (f. 485r).

La última misión tarahumara incendiada fue la de Batopilas, al parecer a comienzos de mayo de 1690, pues para el día 9 la vio quemada el capitán Pedro Martínez de Mendíbil, alcalde mayor de Uriqui, quien había ido allá a sofocar a los rebeldes (f. 110v) requerido por el rector de las misiones de Chínipas, Antonio Gomar. Dicho capitán, en carta al gobernador Pardiñas escrita en Cerocahui el 24 de mayo, externa sus sentimientos: "me dio compasión ver todo el pueblo quemado y destruido" (f. 154v).

Desde 1688 se ocupaba de Batopilas el barcelonés padre José Pallares. Vino a Nueva España ya sacerdote en 1687. Nació en 1656 y desde 1684 aguardaba en Sevilla para embarcarse. Se le describe "mediano de cuerpo, blanco, pelo negro". Al producirse la rebelión tuvo que buscar refugio en otra misión. Vuelta la calma, el padre Salvatierra el 6 de septiembre pedía que se reunieran los tarahumares para tornarles a poner al misionero. Éste efectivamente volvió y duró allí hasta 1692. De 1693 a 1712 trabajó en las misiones sonorenses de Batuco, Nácori Chico, Babiácora y Aconchi. De 1705 a 1708, fue visitador y rector. Hacia 1712 volvió a México y estuvo de capellán en Malinalco y Almolonga, donde falleció el 18 de agosto de 1718. Se distinguió como teólogo y canonista. Dejó varios escritos, aún inéditos, en defensa de los misioneros y sobre los derechos de propiedad de las misiones (AGN, *Hacienda* 695; AGI, *Contratación* 5550; ARSI, *México* 6: 77, 64v, 113v, 179v; *Historia Societatis* 50: 105). Pallares también había sido amenazado de muerte en Batopilas por un hechicero (f. 544v).

Diez fueron las misiones quemadas en Sonora por los pimas rebeldes coaligados con otros grupos de las inmediaciones y tlatoleados por los tarahumares. Estas misiones fueron: Maicoba, Yécora, Tapipa, Onapa, Nuri, Nácori, Serva, Taraichi, Teópari y Curea. En cuanto a los misioneros amenazados de muerte éstos fueron: el padre rector Antonio Gomar, de Guazapares; el padre Tomás Revell, de Loreto; el padre Nicola di Prato, de Guadalupe de varogíos; el padre Maximiliano Amarell, de Yécora, y el padre Francisco María Gravina, de Onapa.

Bernardo Capelo, alcalde mayor de Ostimuri informa al gobernador Pardiñas desde Sahuaripa el 20 de abril de 1690 que "los indios de Maicoba y Yécora, que es una misión, quisieron matar en Yécora a su ministro, y algunos que le querían bien le dijeron que saliese luego, porque si no lo iban a matar. . . Y

después, según noticias, quemaron la casa del padre y el templo y se alzaron", lo mismo que los de Tapipa, Taraíchi y Teópari. La misión de Onapa se ha despoblado (f. 79v-80r, 81r).

Dos días después el general Blas del Castillo, alcalde mayor de San Juan Bautista de Sonora, precisa que "salió huyendo de la misión de Yécora el reverendo padre Maximiliano Amarel, de la Compañía de Jesús, porque los indios estaban para matarlo y unos pajes suyos le escaparon y lo trajeron al pueblo de Onapa. Y de allí a dos días salió huyendo del pueblo de Ostimuri y de Taraíchi el reverendo padre Francisco de Gravina, de la Compañía de Jesús, porque los indios también le quisieron matar. . ." Los indios obraron con la mayor cautela. Al otro día encontrése Taraíchi asolado y quemado: la casa del padre, la iglesia, ornamentos, imágenes, etcétera. Igualmente fueron asolados y quemados Ostimuri, Yécora y Onapa, y dos mil indios estaban para atacar Tacupeto (f. 82r-83r).

Son los datos en bloque de seis misiones y dos reales de minas importantes "reducidos a cenizas" (f. 327r) junto con la iglesia y el real mismo de San Nicolás. El capitán Diego Quirós describe en particular lo que quedó de Ostimuri y algo de lo que pudo salvarse de Yécora:

[Ostimuri] donde se desenterró de la iglesia todo derretido, que en algunos pedacitos se distingue lo que son dos cálices, una patena, una campana, una corona de Nuestra Señora y un incensario. Todo lo demás de ornamentos y hechuras se abrasó, casas y haciendas sin que haiga quedado mas que una que está junto a Sahuaripa.

Se sacaron de Yécora 87 reses y una manada de [mulas] rejegas de la misión, y de Ostimuri otras 30 reses, y barras y herramientas de la hacienda de Domingo de la Paz y de otras, y fuelles. Y de estas cosas todas las que se pudieron recoger (f. 198v).

Los dos misioneros antes mencionados se dice que huyeron a Onabas para ponerse a salvo (f. 197r). Amarell posteriormente se localiza en Conicari (f. 266r), donde seguramente encontró tranquilidad. Maximiliano Amarell nació en la antigua Praga el 8 de septiembre de 1651. Entró con los jesuitas en la ciudad morava de Brno en 1667. Se ordenó de sacerdote el 23 de diciembre de 1679, enseñó retórica latina en varios colegios de su patria y en 1687 vino a México. Era "alto, trigueño, de pelo negro" (AGI, *Contratación* 5550). Para 1688 se le encuentra en la

misión de Teópari, de indios jobas y desde el año siguiente en Yécora, donde le sorprendió la sublevación pima y tarahumara de 1690. De 1690 a 1693 ejerce su apostolado en la misión sina-loense de Tehueco, donde muere el 9 de julio de 1696.

Pocos datos tengo respecto a Francesco María Gravina. Nació en Palermo, Sicilia, hacia 1654. Ya sacerdote se embarcó para Nueva España en 1687 en la misma expedición en que vino Amarell. Era "mediano de cuerpo, blanco, de pelo negro". Su primer destino fue la misión sonorenses de Taraíchi en 1688, y ahí continúa en 1690. Posteriormente pasó a la misión de Mochicahui. De 1693 a 1719 se le localiza en Jalisco, misionando por distintos pueblos (Zambrano-Gutiérrez Casillas, vol. xv: 715-716).

Las otras cuatro misiones incendiadas en Sonora fueron Nuri, Nácori Chico, Curea y Teópari, todas en abril de 1690. Nuri era visita de Mobas, su cabecera, ambas de población pima, de las que se ocupaba el padre Juan de Meneses. Nuri fue atacada dos veces: en abril y en agosto. En abril "el fuego e incendio del enemigo dio en el *real de San Nicolás* y llegó hasta Nuri", escribe el padre Salvatierra (f. 74rv). Los pimas rebeldes de Maicoba, Moris, Yépachi, Suara y Muiderrama fueron quienes incendiaron ésta y otras misiones, según declararon Pablo el Júmari, cacique pima, y Bautista, gobernador de Taraíchi (f. 197r, 261v-262r).

Ante lo inevitable huyó el padre Meneses, lo mismo que el misionero de Onabas cuya población también se rebeló, pero no llegó a quemar la misión (f. 72v). El 4 de agosto volvieron a sublevarse en Nuri, mataron al coyote Juan de la Vega, mayordomo del padre, y se llevaron todo el ganado y caballada de la misión (f. 263r, 266rv-268r, 331r). El 8 de agosto escribía Meneses a Salvatierra: "después que mataron al mayordomo y caporal hicieron pedazos la caja de los ornamentos, se los vistieron y, remedando las ceremonias de la misa, al alzar el cáliz levantaban gran vocería. Lleváronse algo de la ropa blanca y lo demás lo tiraron y pisaron, y quitándose los rosarios, quizá en señal de apostasía, los dejaron allí" (f. 339).

Juan de Meneses nació en Guadiana, Nueva Vizcaya, en 1658. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1679 y cursó todos sus estudios en México. Fue destinado a las misiones de Sonora, primero en Conicari (1688-1689) y luego en Mobas y Nuri de 1690 a fina-

les de siglo. Murió en Pátzcuaro el 16 de agosto de 1708 (Zambrano-Gutiérrez Casillas, vol. xvi: 137-138).

La siguiente misión, Nácori chico, fue atacada por los conchos el 19 de abril a media noche. Mataron a doce, hirieron a 20 y pusieron fuego a 20 casas de indios ópatas, llevándose toda la ropa (f. 184v). Al parecer los conchos, janos, sumas y jócomes contaban con aliados entre los ópatas de Nácori, entonces cabecera misional, y en sus pueblos de visita Serva y Bacadéhuatzi, donde algunos ya se habían sublevado (f. 101v). Este era el parecer del general Francisco Ramírez de Salazar, alcalde mayor de Casas Grandes y quien llevaba más de cincuenta años al servicio de su majestad, como él mismo lo escribe. Aunque las actas no mencionan al misionero que se ocupaba de Nácori, éste era el padre Francisco Carranco desde 1687 y ahí continuaba en 1696 (Roca: 229, 405, 406).

De la misión de Curea se ocupaba el padre Cristóbal de Mendoza. La misión fue incendiada en abril 1690. "Todo lo que había en Curea del padre Mendoza se lo han llevado: manadas y ganado", escribe el capitán Quirós al gobernador Pardiñas (f. 297v); y el mismo Quirós a fines de ese mes, en dos albazos que dio en Tepoca, rescató 112 caballos, mulas y recuas y 60 reses de lo que le habían llevado al misionero de Curea (f. 126v y 327r).

La última misión incendiada fue la de Teópari, de indios jobas. La gente se retiró a la sierra por miedo a los enemigos que les quemaron su iglesia, pero los jobas de Teópari no eran rebeldes, y esta etnia no participó en la rebelión general del noroeste en 1690 (f. 221r). Algunos, sin embargo, parece que sí simpatizaron con los rebeldes (79v-80r). Teópari era visita de Sahuaripa y su misionero el padre Domingo Miguel, quien permaneció impertérrito, como rector de la unidad misionera de San Francisco de Borja, durante todo el tiempo de la sublevación.

Sólo nos queda, para completar este largo análisis, concluir con los datos de tres misioneros jesuitas, amenazados de muerte, que laboraban en las misiones de Chínipas; y señalar, por último, que un misionero franciscano de los conchos sufrió también amenazas de muerte por parte de los indios rebelados.

Tomás Revell era misionero en Loreto, de indios varogíos. José Neumann, encargado de Sisoguichi, escribe el 17 de mayo de 1690 al visitador Píccolo que el capitán Pedro Martínez de Mendíbil, alcalde mayor de Uriqui, había apresado a algunos

varogíos de Loreto, refugiados en Moris, los cuales "confesaron habían determinado matar al padre Tomás Revell y quemar las casas e iglesias, y aguardaban los de Moris con la gente alzada para efectuarlo..." (f. 125v). No llevaron a cabo sus planes. Revell es un desconocido y por eso doy sus datos biográficos. Nació en Bruselas el 18 de febrero de 1643. Entró de jesuita en Viena en 1664. En Austria cursó todos sus estudios religiosos en el colegio de Gratz. Un año enseñó latín en Varasdin, Croacia. Fue ordenado sacerdote en 1676 y en 1678 fue destinado a las misiones ultramarinas. En España esperó dos años para embarcarse. Llegó a México en 1681. A fines de ese año, a mediados de octubre, fue destinado a las misiones de Chínipas, en donde murió el 30 de mayo de 1692.

Antonio Gomar, rector de las misiones de Chínipas con sede en Santa Teresa de Guazapares, fue también amenazado de muerte en 1692. Con ocasión de la visita del general Fernández de Retana a todas las misiones de la Tarahumara, que hacía cada año para ver si estaban los indios en paz y congregados en sus pueblos, se averiguó de la existencia de un hechicero llamado Sebastián Quichísari. En el caserío de Choguita, cerca de Sisoguichi, llamó a declarar a don Felipe, capitán de los pueblos chinipenses de Cerocahui y Cuiteco. Dijo el declarante que un gentil de Sisimochi, a dos leguas de aquí, llamado Guaseri, le contó que el tal Quichísari estuvo en su ranchería y juntó a todos los gentiles y les dijo que

el rey lo enviaba a avisarles que no se bautizasen, ni salieran de sus barrancos, y que cada uno podía tener dos mujeres, y que este tlatole corriese por todos los gentiles y pueblos cristianos de la Sierra de Guazapares, y que él les llevaba el mensaje como capitán. Y que el no llevar bastón era por haberlo dejado a que le echasen casquillos de plata.

Y añadió que el tal tlatolero pedía a los gentiles carneros y caballos, y que se los daban, encargándoles el sigilo de lo que les había dicho. Dijo, además, que otro indio de Güipirico, llamado Nicolás, contó al teniente de dicho pueblo que en Guache, puesto de gentiles "se había hecho una borrachera, donde se había discurrido el matar al padre Antonio Gomar, que es ministro del partido de Témoris, en Guazapares, y asimismo a los españoles". Y sabiendo esto este declarante se fue al dicho sitio

de Guaiachi; no pudo averiguar nada sino que el tal Nicolás se había huido y sabe que vive con los gentiles de Sainápuchi. El declarante dijo tener 40 años (*cuaderno 4: f. 23v-24v*).

En este caso, también, todo quedó en amenazas o en planes que no se llevaron a cabo. Antonio Gomar nació en Belpuig, Cataluña, hacia 1655. En 1672 entró con los jesuitas en la provincia de Aragón y en 1678, habiendo concluido la filosofía, pasó a Nueva España. Ordenado sacerdote, en 1683 pasó a las misiones de Chínipas, en donde trabajó el resto de sus días en Santa Teresa de Guazapares y su pueblo de visita Santa María Magdalena de Témoris. Dos veces fue rector de esta unidad misional: de 1690 a 1693 y de 1696 a 1699. Murió en Cerocahui el 6 de noviembre de 1707 (González Rodríguez, *Crónicas...*, p. 375-376, nota 12).

El último misionero jesuita amenazado de muerte durante esta sublevación de 1690 fue Nicola di Prato. El 24 de mayo el capitán Pedro Martínez de Mendíbil informa al gobernador Pardiñas que salió de su alcaldía mayor de Uriqui rumbo a Cerocahui, pues había recibido dos "requerimientos" del padre visitador Juan María de Salvatierra y del rector Antonio Gomar para apaciguar inquietudes en Loreto y en Santa Ana, entre los varogios de la región de Chínipas. De Loreto se ocupaba, como vimos, el padre Tomás Revell; de Santa Ana y Guadalupe el padre di Prato. El capitán halló solamente cuatro indios en Santa Ana, sin saber nada del resto, lo cual le alarmó. Fue a Loreto y sólo encontró al gobernador y alcaldes, los cuales confesaron que habían admitido los tlatoles de la rebelión en ambos pueblos para "acabar con los padres y los españoles" (f. 152r-153v). Esto me dijeron, continúa el capitán Martínez de Mendíbil, "sin que yo se lo preguntase, y así les tomé sus declaraciones en forma, y confesaron que si su padre ministro hubiera estado allí ya lo hubieran matado".

Nicola di Prato nació en Matera, Apulia, del reino de Nápoles, hacia 1642. Se ordenó de sacerdote diocesano en 1669 y en 1672 entró en la Compañía de Jesús. Tres años más tarde se embarcó para Nueva España y llegó a México el 15 de octubre de 1675. A comienzos de 1676 partió con destino a las misiones del noroeste, y desde el 16 de junio de ese año hasta el 20 de mayo de 1698, fecha de su muerte, trabajó durante 22 años en la región de Chínipas en las misiones de Santa Inés de Chínipas,

que fundó, en Santa Teresa de Guazapares y entre los varogios de Guadalupe, Valle Umbrosa, Loreto y Santa Ana.

Finalmente, señalo que fray Félix de Orozco, misionero franciscano entre los conchos de San Pedro de Alcántara Namiquipa, fue también amenazado de muerte. Los conchos rebeldes acababan de robar 300 bestias a los españoles de Las Cruces y 200 de la hacienda La Boca, de Antonio de la Parra, delante del mismo dueño, a quien además flecharon y está "en lo último de sus días..." "pues sólo en la cara tiene ocho heridas y como un monstruo; se reconoce envenenadas las flechas". Hicieron estos estragos "al borde mismo de la casa, donde había tres arcabuceros y tres flecheros amigos, entre ellos don Felipe, gobernador de San Diego del Monte" (*cuaderno 2: 2-4r*). Esto sucedió el 13 de abril de 1690.

Temiendo los conchos de Namiquipa, no rebelados, que el enemigo los atacara, huyeron todos a Bachíniba "y más cuando fray Félix de Orozco dijo que se iba para que no lo matasen" (*ibid.* f. 23-25r). Este misionero se ocupaba de los conchos de Namiquipa, Las Cruces, Santa Clara, San Miguel y Bainolmaiguan con un total de 162 familias y 743 personas (f. 289-293r). Este padrón, que envió al gobernador Pardiñas, es de los poquísimos datos demográficos concretos que se conservan de los conchos. En él distingue cristianos, los que trabajan en labores para los españoles, los componentes de cada familia por sus nombres, así como los solteros y los viudos.

Se conservan de fray Félix de Orozco varias cartas en las que aparece el amor que tenía a su gente, su preocupación por la justicia, la defensa de los conchos ante los abusos de los españoles y el cuidado por su trabajo pastoral. De él puede decirse lo que escribía el gobernador de Nueva Vizcaya, don Juan Isidro de Pardiñas, al virrey conde de Galve el 6 de diciembre de 1690:

Esta religión no desamparó sus partidos de Tarahumares, manteniéndose en ellos con evidentes riesgos, salvo el de Bachíniba, que salió gravado de enfermedad, de que murió. Hame edificado el celo de esta religión en el cumplimiento de su obligación, y no me ha parecido omitir dar cuenta de ello a vuestra señoría (f. 510r).

Todas las demás misiones de conchos, tarahumares y pimas, no mencionadas aquí, no se rebelaron, ni tampoco sufrieron ningún estrago.

Pedregal de San Nicolás, Tlalpan
3 de diciembre de 1989

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AGI = Archivo General de Indias, Sevilla.
AGN = Archivo General de la Nación, México.
ARSI = Archivo Romano de la Compañía de Jesús, Roma.

v.p. = vuestra paternidad.
v.r. = vuestra reverencia.
v.s. = vuestra señoría.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis, *Etnología y Misión en la Pimería Alta, 1715-1740*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977, 359 p.
- , *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, 427 p. (Col. "Cien de México").
- NEUMANN, Joseph, *Historia Seditio-num...*, Praga, 1730. Edición bilingüe en latín y francés, traducida por Luis González R., con introducción, notas, índices analíticos y bibliografía, con el título de *Révoltes des Indiens Tarahumars, 1626-1724*, Paris, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1969-1971, lxxiii-188 p.
- ROGA, Paul M., *Paths of the Padres through Sonora*, Tucson, Arizona Pioneer's Historical Society, 1967, 468 p.
- ZAMBRANO, FRANCISCO y JOSÉ GUTIÉRREZ CASILLAS, *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México. Siglo XVIII*, vols. xv y xvi, México, Jus, 1977.